

HISTORIAS

ÍNTIMAS

POR

D. TRINIDAD DE ROJAS Y ROJAS.



GRANADA.

*Imprenta de D. F. Ventura y Sabatel.*

1863.

ANT

XIX

1277/4









HISTORIAS ÍNTIMAS.



R. 46-087

# HISTORIAS ÍNTIMAS

17 Cms

A MIS PADRES

POR



D. TRINIDAD DE ROJAS Y ROJAS.

GRANADA.

IMPRESA DE D. FRANCISCO VENTURA Y SABATEL.

1863.

ISTITUTO LOMBARDO DI SCIENZE E LETTERE

1881

ALONSO DE ROSAS Y ROSA

—  
ES PROPIEDAD.  
—

1881

ALONSO DE ROSAS Y ROSA

1881

## Á MIS PADRES.

*Escasas de mérito literario, poco valen para el público mis pobres HISTORIAS ÍNTIMAS; pero valen mucho para vosotros, que comprendéis el sentimiento que las inspira: por eso os las dedica vuestro hijo,*

EL AUTOR.



LA VIDA P. ADRES

Escuela de teatro literario. po-  
co volan para el público que habra  
Historia traza: pero no en un  
para costuras que concurran al  
aprobación que las in parte por no  
es la vida nuestra tipo

B. 407



BLANCA.

---

I.

LA FLOR DE LA ESPERANZA.

À la sombra de unos álamos,  
cuyos piés besan las aguas  
de un arroyo cristalino  
que murmurando se escapa,  
y en cuyas copas las tórtolas  
arrullan enamoradas,  
cuando el ramaje se mece  
al dulce beso del aura,  
está sentada una niña,  
consultando ensimismada  
en las hojas de las flores  
los misterios de su alma.

Flores tiene entre sus manos,  
vierte flores en su falda,  
flores ornan su cabello  
y el arroyo flores baña.



---

I.

LA FLOR DE LA ESPERANZA.

Á la sombra de unos álamos,  
cuyos piés besan las aguas  
de un arroyo cristalino  
que murmurando se escapa,  
y en cuyas copas las tórtolas  
arrullan enamoradas,  
cuando el ramaje se mece  
al dulce beso del aura,  
está sentada una niña,  
consultando ensimismada  
en las hojas de las flores  
los misterios de su alma.

Flores tiene entre sus manos,  
vierte flores en su falda,  
flores ornan su cabello  
y el arroyo flores baña.

Mas la reina de las flores  
dentro de su pecho arraiga ;  
que allí brotan los aromas  
de la flor de la esperanza.

.....

Tiene trece primaveras,  
ingenio, virtud y gracia,  
y es tan hermosa y tan pura  
como el ángel de su guarda.

Pero ¿por qué triste y sola  
suspiros ahogados lanza?  
¿Por qué del festivo coro  
de sus amigas se aparta?

Es tan niña como bella :  
cual niña bella la tratan,  
porque ignoran que la niña  
tiene de mujer el alma.

Por eso triste á las flores  
dirige preguntas vanas,  
mientras aspira los perfumes  
de la flor de la esperanza.

---

---

II.

MENTIRAS Á DUO.

—Hace tres años, que oculto  
guardo tu amor en mi pecho.

—¡Oh! pues eres cual ninguna,  
para guardar un secreto.

—¿Por qué lo dices?

—¿Por qué?

¿No comprendes?

—No te entiendo.

—Porque nadie, que yo sepa,  
logró apercibirse de ello.

—¿Te burlas? ¿Dudas German?

—No es que dudo: es... que no creo.

—Esa franqueza me ofende.

—Es preciso ser sincero.

—Yo te amaba.

—¿Tú, Leonarda?

¿Desde cuándo?

—En todo tiempo.

¡ Cuántas veces en tu ausencia  
con llanto bañé mi lecho !

—Y en ese tiempo , sé franca :

¿ con cuántos amantes nuevos  
de la ausencia á los pesares  
buscaste fácil remedio ?

—Para hablarme de ese modo  
no tienes razon.

—Si tengo.

—Mi conciencia está tranquila.

—Que no la tienes, sospecho.

—La tengo y no me remuerde :  
te lo juro.

—¿ Será cierto ?

¡ Y yo ingrato sospechaba  
de un amor tan verdadero !

Nada contestó la hermosa :  
nada replicó el mancebo ;  
que en las pláticas de amores  
á veces sirve el silencio.

Solo los ojos hablaron,  
y los de él tanto dijeron,  
que arrebatada la hermosa  
le echó los brazos al cuello.

Sus copas bajan los árboles,  
y retozando con ellos  
el aura, al pasar, remeda  
el dulce rumor de un beso.

—¡Oh! me parece que escucho  
pasos por ese sendero,  
y si nos ven aquí solos....

—Espera.

—Adios.

—Hasta luego.

Salió del bosque la hermosa,  
tipo de mujer soberbio;  
ancha espalda, airoso talle,  
ancha la frente y el pecho,  
rojo el labio, pardo el ojo,  
rubio y sedoso el cabello,  
reflejando en su mirada  
de amor voraces incendios.

Dentro del bosque quedóse  
el amante sonriendo:  
y era su triste sonrisa  
la sonrisa del incrédulo.

Era un dolor disfrazado,  
era el sarcasmo sangriento  
del que á la última esperanza  
dirige el adios postrero.

Porque German comprendia,  
á pesar del juramento,  
que aquella mujer liviana  
con muchos gozaba á un tiempo.

Por eso al quedarse solo  
exclama con triste acento :  
— ¡ Pureza ! ¡ Lealtad ! mentiras  
son no mas de mis ensueños.

Placer por amor me ofrece :  
placer que dura un momento :  
poco vale ; mas ¿ qué importa ?  
Gocemos, German, gocemos.

---

III.

PUREZA.

—

— ¿Estabas hablando solo?

— No, Blanca.

— Pues yo creía  
haberte escuchado.

— ¡ Bueno !

¿ con que estabas escondida ?

— ¡ Ah ! no, no : todo al contrario :

muy descuidada y tranquila

por la margen del arroyo

caminaba distraida,

cuando el rumor de tus voces

me hace que vuelva la vista,

y te hallo solo, y hablando :

¿ quizás con las Musas ?

— ¡ Niña !

¿ Tambien burlona ?

— ¿Por qué?

¿No amas tanto la poesía?

¿Qué extraño que estando á solas  
á las Musas te dirijas?

— ¡Oh! sí: cuando no se encuentra  
nada bello en esta vida,  
es fuerza que el alma goce  
con existencias mentidas.

— Tú estás triste.

— Y con razon.

— ¿Qué tienes?

— Melancolía.

— Pero ¿por qué?

— Porque en vano  
busco en el mundo la dicha.

— No te comprendo.

— Lo creo.

— Pero si tú me lo explicas,  
entonces....

— Menos.

— ¿Por qué?

— Porque aun eres harto niña.

— He cumplido trece años.

— Bella edad de la alegría

en que tranquila está el alma  
en su inocencia adormida.

— No siempre, no: muchas veces  
el dolor me martiriza,  
y, sin conocer la causa,

estoy tambien pensativa.

— Tú?

—Yo: sí.

—No lo comprendo.

—¡Ay! yo tampoco.

—Suspiras.

—¡Ah! sí.

—Por quién?

—No lo sé.

—¡Oh! tú amas ya, pobre niña.

—Yo no conozco el amor.

—

Dice con voz conmovida,  
y el carmin del rojo labio  
enrojece su mejilla.

.....

.....

—Blanca, ¿te gustan los versos?

—¡Oh! mucho, mucho.

—Pues mira:

déjame solo un momento.

—Ya mismo; mas date prisa.



Yo me vuelvo mientras tanto  
del manso arroyo á la orilla,  
y allí, hablando con mis flores,  
esperaré distraída.

—

Y atravesando ligera  
un bosquecillo de olivas,  
á la márgen del arroyo  
volvió á sentarse la niña.

---

#### IV.

### MELANCOLÍA.

---

En honda tristeza amarga,  
quedó abismado en el bosque  
él que ha poco pareciera  
gozaba dulces amores.

— ¡ Pobre niña ! — al fin exclama :  
tú sientes y no conoces :  
¡ ay ! el amor cuando hiere  
la mano traidora esconde ;  
y hasta que , abierta la herida ,  
la sangre á raudales corre ,  
no comprende la inocencia  
la causa de sus dolores.

¡ Pobre niña ! quieres versos ,  
y esperas que en ellos broten ,  
para aliviar tu tristeza ,  
lozanas y gayas flores.

¡ Y yo no arranco á mi lira  
mas que sonidos discordes !  
¡ Blanca !... te daré un consejo,  
que á tu amor sirva de norte.

Y del libro de memoria  
una hoja el poeta rompe,  
y presto sobre ella escribe  
aquestos tristes renglones.

« Niña hermosa , á quien dedica  
mi pobre lira sus sonos ;  
un tierno amigo te escribe :  
¡ ay de tí ! si le desoyes .  
¡ Ay de tí ! si, despreciando  
de su cariño las voces ,  
la calma de la inocencia ,  
sus deliciosos acordes ,  
su santa paz , su ternura ,  
sus castos y puros goces ,  
truecas por el ronco estruendo  
de las mundanas pasiones .

Tienes trece primaveras ;  
en los valles y en los montes  
ya trece veces has visto  
nacer y morir las flores .

Tú eres una flor ; oh niña !  
flor, que envidiarán los hombres,  
para gozar sus perfumes,  
sus matices y primores :  
y luego que esté marchita,  
luego que no encuentren goces  
en su lánguida belleza,  
¡ pobre de la flor entonces !

Por mas que lágrimas vierta,  
por mas que doliente llore,  
el desprecio es su destino,  
y el abandono mas torpe.

Tu cáliz ; oh flor humana !  
has abierto á los fulgores  
de un sol espléndido y bello,  
que ardiente tu vida absorbe.

Ese sol, niña, es el mundo :  
un mundo que no conoces,  
un mundo que fascinate  
inclemente se propone.

Que te ofrecerá la copa  
de mil placeres innobles,  
abandonándote luego,  
antes que tú le abandones.

.....

Las codiciosas abejas  
á las campesinas flores  
arrancan el dulce néctar,  
su triste existencia absorben.

Tu cáliz ; oh flor divina !  
asáz cuidadosa esconde,  
que el mundo tiene su abeja,  
porque en el mundo está el hombre. »

V.

MISTERIO.

Dejó de escribir: al viento  
trémulo lanza un suspiro,  
y de él un eco doliente  
resuena triste en su oído.

Hallar intenta el origen  
de aquel eco fugitivo,  
y de Blanca vé á su lado  
el semblante peregrino.

De sus ojos tristes lágrimas  
empañan el dulce brillo,  
y vaga amarga sonrisa  
en su labio purpurino.

—Blanca, Blanca ¿por qué lloras?

—No lloro.

—Sí.

—No seas niño:  
dame los versos.

—No....

—Dime:  
¿para quién los has escrito?

—Para tí.

—Dámelos, pues.

—Dime primero el motivo  
de ese llanto que en tus ojos  
brotar con tristeza miro.

Dímelo, Blanca.

—Pues bien :

es que oculta entre los mirtos  
por encima de tu hombro  
esos versos he leído.

—Y bien....

—Como son tan tristes

y los leí de improviso....

al mismo tiempo que tú  
suspirabas abatido....

—Y lloras por mí!

—No lloro.—

Y en aquel instante mismo,  
cuando estaban de las manos  
ambos jóvenes asidos,

sobre ellas cayó rodando  
de aquellos ojos divinos  
una lágrima ardorosa  
que en vapores se deshizo.

Y Blanca huyó con sus versos,  
cruzando el prado florido :  
y German salió del bosque  
meditabundo y sombrío.

---

---

VI.

LA REJA.

---

Tras ancha y cómoda reja,  
de vanos adornos rasa,  
sedienta de amantes goces  
está aguardando Leonarda.

Su calle ha mas de seis horas  
invadió la sombra opaca ;  
y German aun no parece  
sabiendo que ella le aguarda.

Mas vá á comenzar la escena:  
ved : el telon se levanta,  
la dama alegre sonrie :  
ya está el galan en las tablas.

No espereis de su entrevista  
requiebros, chistes y gracias ;  
que, donde abundan las obras,  
están demás las palabras.

Y ella, como pocas ducha,  
sustenta cual una máxima,  
que *las obras son amores*  
y *no las razones vanas*.

Por eso, tras las primeras  
frases que siempre se cambian,  
y que reputarse pueden  
como exposicion del drama,  
dan principio los suspiros,  
las frases entrecortadas,  
los apretones de manos,  
las chispeantes miradas,  
la languidez, los vahidos,  
los sollozos y las lágrimas,  
los éxtasis melancólicos,  
la sequedad de garganta,  
las convulsiones fingidas,  
y las posturas románticas,  
y el «siempre así:» y el «te adoro:»  
y lo demás que se calla.

¡Oh! ¿Quién osará, mirando  
la pareja enamorada,  
sospechar que entrambos mienten  
y que ninguno se engaña?

Y, sin embargo, es muy cierto:  
ella, ardiente y arrojada,  
de goces siempre sedienta,  
en pos del placer se lanza.

Él, incrédulo, impasible,  
el mundo cruza con calma:  
ni busca el placér difícil,  
ni el que le brindan rechaza.

Por eso al placer se entrega  
sin recuerdos ni esperanza:  
sin sufrir por el ayer,  
sin pensar en el mañana.

Como ilusiones no busca  
ni sentimientos su alma,  
para ir consumiendo el tiempo,  
con lo presente le basta.

¿Qué le importa que á otras horas  
á otros amantes la dama  
iguales gracias conceda,  
si nunca con él fué escasa?

Si, caminando sedientos,  
encontramos una charca  
que con sus aguas impuras  
nuestra sed un tanto apaga,

¿qué nos importa, que luego  
mitiguen sus turbias aguas  
mil veces la sed ardiente  
de toda la raza humana?

Cuando la corriente pura  
se pone asquerosa y zarca,  
y en un lodazal inmundo  
se torna la fuente clara,

sus orillas se abandonan,  
si viene la sed.... ¡cachaza!  
y en busca de nueva fuente  
tranquilamente se marcha.

Por eso German tranquilo,  
embozándose en su capa,  
hastiado de torpes goces,  
tornó á la hermosa la espalda.

---

VII.  
UN SUEÑO.

Envuelta en su negro manto,  
con lento paso uniforme  
del silencio acompañada  
vá caminando la noche.

En una alcoba, en que trémulos  
oscilaban los fulgores  
de una luz agonizante,  
meditando estaba un hombre.

Era un poeta : German,  
que al sueño al cabo rindióse,  
cuando asaltaron su mente  
mil fantásticas visiones.

. . . . .  
Era un espacio sin luna,  
sin estrellas y sin soles ;  
caverna inmensa dó aladas  
giraban sombras informes.

Solo un extraño rumor  
se oye en ella : vagos sonos,  
que el oido no comprende  
si son ecos ó son voces.

Distintos se van haciendo  
poco á poco los rumores,  
y el sonido que le hiere  
el oido al fin conoce.

De música extravagante  
suenan acá los acordes  
y del bélico atambor  
allá el crugiente redoble.

Ora el chasquido de un beso,  
de un traje de seda el roce,  
ya las suaves palabras  
de alguna trova de amores ;

ya el armonioso susurro  
del arroyuelo que corre  
por la pradera , esmaltada  
de mil aromadas flores :

ya el silbido de los vientos,  
ya el bien medido galope  
de un caballo , que atraviesa  
de la noche las regiones.

Mas todo opaco , confuso  
como los vagos acordes  
de una lejana armonía ,  
que el viento á intervalos rompe.

---

Un destello luminoso  
dulce la caverna innoble  
con débil luz ilumina,  
y sus ámbitos recorre.

Y entonces mira el poeta,  
aquellas sombras deformes  
tomar femeniles formas  
y conocidas facciones.

¡ Oh ! cuántos recuerdos tristes,  
cuántos amargos dolores,  
cuánto infame desengaño,  
cuántas negras decepciones,  
cuántas ilusiones muertas,  
cuántos criminales goces,  
aquellas sombras livianas  
hacen que en su mente broten.

Descuella entre todas una,  
que , si de méritos pobre,  
en impudencia hartó rica,  
se acerca brindando amores.

Imágen de la impureza,  
mujer degradada y torpe,  
que el placer de los sentidos  
en vez del amor conoce.

Es la sombra de Leonarda ;  
la que , tras un beso innoble,  
jurando amores mentidos,  
vimos escapar del bosque.

¡También cuando el alba asoma  
con sus puros arreboles,  
avergonzados se ahuyentan  
los fantasmas de la noche!

Por eso del bosque ameno  
huyó Leonarda veloce,  
al iluminarlo Blanca  
con purísimos fulgores.

Mas, ¿dónde nace ese rayo  
que ilumina la caverna,  
como una tibia alborada  
que vá inundando las selvas?

Que es de origen harto noble  
bien á las claras demuestra,  
cuando alumbra el antro inmundo  
sin perder de su pureza.

—Viene del cielo: no hay duda:—  
pensó extasiado el poeta:  
y al cielo elevó los ojos  
que siempre tuvo en la tierra.

Mas, ¿qué imágen seductora  
ha visto en la azul esfera,  
que de una emocion extraña  
todo su ser se penetra?

Allá en los altos espacios,  
dó nunca alcanzan las nieblas,  
ni alzar el vuelo, atrevida  
osa el águila altanera,

entre soles esplendentes  
de extraordinaria grandeza  
con seductora hermosura  
brilla tímida una estrella.

Pero es tan pura su lumbre,  
y es á la vez tan intensa,  
que, aun cuando del cielo parte,  
tambien á la tierra llega.

Mas solo una ténue ráfaga  
de las luces que destella:  
que lo que es del cielo, en vano  
el mundo alcanzar intenta.

Por eso su luz brillante  
ya á replegarse comienza,  
nuevo brillo dando al cielo,  
más densa sombra á la tierra.

Por eso la estrella hermosa  
radiante y pura se eleva,  
cambiando de luz y forma  
á medida que se aleja.

No es ya un punto luminoso,  
como son otras estrellas,  
ni con sus ráfagas blancas  
algun brillante cometa.



Es.... un arcángel de luz  
con dorada cabellera,  
que vá esparciendo perfumes  
de santidad y pureza.

Es una virgen del Cielo,  
vestida de su inocencia :  
es.... Blanca, la hermosa Blanca,  
que al trono de Dios se acerca.

---

VIII.

RAFAEL.

---

Cruzando van dos jinetes  
en una noche harto oscura  
las faldas de una montaña  
por una empinada ruta.

Sus rostros el viento azota,  
cala sus ropas la lluvia,  
y los truenos pavorosos  
en el espacio retumban.

—¡Maldita noche! parece  
un presagio, que me augura,  
para mañana quizás,  
otra borrasca mas cruda.

—Es probable, Rafael.

—Oye: si muero en la lucha....

—No pienses en eso.

—Sí:  
es muy fácil que sucumba.

—Pero ¿á qué amargar el alma  
con esas medrosas dudas?

—¿Medrosas? Mira, German:  
la palabra no me gusta.

No tengo miedo: ¿lo entiendes?  
pero me inquieta y me punza  
una idea el corazon,  
aunque morir no me asusta.

—Pero ¿cuál es esa idea  
tan tenaz?

—Lo que ella sufra.

—¿Quién es ella?

—¿No lo sabes?

—No me has dicho cosa alguna.

—Es verdad: hace tan poco  
que disfruto tal ventura,  
que, aun de dichas ébria el alma,  
solo en gozarlas se ocupa.

¿Quiéres saber quien es ella?

—Sí, Rafael.

—Pues escucha  
estos versos, que á un poeta  
ha inspirado su hermosura.

«Niña hermosa, á quien dedica  
mi pobre lira sus sonos,

un tierno amigo te escribe :  
¡ ay de tí ! si le desoyes.  
¡ Ay de tí ! si, despreciando  
de su cariño las voces,  
la calma de la inocencia,  
sus deliciosos acordes,  
su santa paz, sus delicias,  
sus castos y puros goces,  
truecas por el ronco estruendo  
de las mundanas pasiones. »

.....

—Su nombre, su nombre....

—Blanca.

—¿ Blanca ?

—Sí.

—¡ Blanca !

—Sin duda :

pero, German, no comprendo  
esa sorpresa profunda.

—Es que.... he visto, al escuchar  
del poeta la pintura,  
que, al bosquejar el retrato,  
guiaba el amor su pluma.

—No lo sé : Blanca no quiere  
responder á mis preguntas

sobre el autor : mas ¿qué importa?  
yo cuento con su ternura.

—  
Ahogó German un suspiro ;  
y con tristeza profunda  
de su capa en el embozo  
escondió la frente mustia.

—  
—Oye, German ; te repito,  
que, si sucumbo en la lucha,  
recojas de mi cadáver  
de su amor la prenda única.

Es de su blondo cabello  
bello rizo en miniatura,  
que sobre mi pecho guardo,  
como una reliquia augusta.

Lo entregarás á ella sola :  
y si sus lágrimas puras,  
al saber mi triste suerte,  
sus blancas mejillas surcan,  
presta á su dolor consuelo,  
y el llanto de amor enjuga ;  
dila que amándola muero,  
y que no me olvide nunca.

—Si pereces, Rafael,  
dudo que solo sucumbas :  
yo moriré, si tu mueres :  
yo triunfaré, si tu triunfas.

—Tú no debes exponerte.

—La amistad que nos aduna,  
jamás, jamás desmentida,  
tu suerte á seguir me impulsa.

—  
Las manos entrambos tienden ;  
las estrechan con ternura,  
y, desfilando callados,  
prosiguen tristes su ruta.



IX.

DESPEDIDA.

—Lo dicho, German : silencio.

—Descuida.

—Ni una palabra,  
por Dios.

—Te empeño la mia.

—Con ella, German, me basta.

Mas, cuida, cuando la veas,  
no conozca en tus miradas,  
que en un momento de angustia  
te he descubierto mi alma.

Ya por fortuna el peligro  
pasó del todo.

—Dios haga  
que no vuelva.

—No lo espero :  
ya todo se encuentra en calma.

—Adios, Rafael.

—Adios,

hasta el otoño.

—Sin falta :

si no es antes.

—Dios lo quiera.

Y lo dicho....

—Ni palabra. —

Así hablaban dos amigos  
de un pueblo junto á las tapias  
en una noche de Julio  
tranquila, hermosa, estrellada.

Breves momentos despues  
con dolor se separaban,  
de amargos presentimientos  
martirizadas sus almas.

X.

YA ES TARDE.

Recostado un trovador  
bajo las ramas de un sauce,  
triste contempla la lira,  
que rota á sus plantas yace.

En ella fija sus ojos,  
y de ellos rodando caen  
dos lágrimas, que revelan  
sus recónditos pesares.

Del pecho un hondo suspiro  
al par de su llanto parte,  
y así dice acongojado  
con doloroso lenguaje.

— ¡Pobre lira! pobre lira,  
que otras veces mis cantares  
con acordes armoniosos  
blandamente acompañaste.

Ahora en vano á tus cuerdas  
sones exijo suaves ;  
solo dolientes murmuran  
quejidos y tiernos ayes.

Calló el mancebo : la frente  
dobló, que el dolor abate,  
y quedóse sumergido  
de su pena en los afanes.

Vióse entorces silenciosa  
una niña como un ángel  
asomar su lindo rostro  
por entre el verde ramaje.

No alzó los ojos el jóven,  
ni ella dió un paso adelante ;  
mas se agitaron las almas  
de entrambos al acercarse.

Y el alma del trovador,  
que en el fuego de amor arde,  
pide al alma de la niña  
que en sus hogueras se abraze.

Y la de ella le responde :  
— ¡ Ay ! trovador, es muy tarde,  
que ya otro fuego mas vivo  
inflamó mi ser amante.

- ¿ De quién emana ese fuego  
que me causa tantos males?
- ¿ Para qué me lo preguntas?
- Quiero saberlo.
- Lo sabes.
- No: lo sospecho.
- Pues trueca  
tu sospecha en realidades.
- ¿ Con que mi amigo....
- Me adora.
- ¡ Y tu premias sus afanes!
- Verdad.
- Dí: ¿ no pudieras  
de hermana la fe constante  
ofrecerle?
- Esa ya es tuya.
- Yo quiero amor.
- ¡ Oh! ya es tarde.
- Yo siempre amor te ofrecí.
- Jamás oí tal lenguaje.
- Mis ojos te lo dijeron.
- Tus ojos son siempre iguales.
- Siempre no: cuando en los tuyos  
se extasian anhelantes,  
porque están amor pidiendo.  
Dame amor, niña.
- Ya es tarde.

— Con que mi fiel compañero....

— Su amor me ofreció días hace...

— Y tú, á su amor accediendo,  
amor, Blanca, le otorgaste !...

—  
Cogió el trovador la lira  
y, su voz dando á los aires,  
se alejó con paso lento  
del melancólico sauce.

— «Adios, esperanza mia ;  
adios, Blanca, bella imágen,  
que fuiste de mis ensueños  
el delirio irrealizable.

Sé feliz : yo con mi lira  
cruzaré montes y valles,  
cantando mentidos goces,  
sufriendo ocultos pesares.»

—  
Dijo y partió : de sus ojos  
brotaron tristes raudales,  
al mirar por vez postrera  
de su adorada el semblante.

Y á poco se vió á lo lejos  
su contorno dibujarse,  
cuando se alzaba la luna  
desde el seno de los mares.

— (1) —

---

XI.

MADRE É HIJA.

Sus esperanzas perdidas  
llorando una niña está,  
y sus lágrimas derrama  
á la orilla de la mar.

—¿Por qué lloras, hija mia?

—Madre, dejadme llorar.

—¿Pero por qué?

—Tengo penas.

—¡Tan jóven y sufres ya!

—Hace tiempo.

—De tu llanto  
dime la causa.

—Jamás.

—¿Y por qué me ocultas, hija,  
los motivos de tu afan?

—Porque mis angustias, madre,  
no las podeis aliviar.

—Pero dimelas.

—No puedo :  
dejadme , madre , llorar,  
que las lágrimas consuelo  
casi siempre al alma dan.

—  
Calla la madre : la niña  
vuelve en silencio á llorar,  
y sus lágrimas se mezclan  
con las olas de la mar.

En tanto la luna riela  
sobre la ola fugaz,  
que en espumas se deshace  
á los piés de la beldad.

Era Blanca : de repente  
vé por la playa avanzar  
cariñosos y risueños  
á su padre y á German.

Sus pesares , su tristeza,  
quiere prudente ocultar,  
y el torrente de sus lágrimas  
presta enjuga con afan.

Al semblante apesarado  
hace que torne la paz,  
y ostente calma tranquila,  
ya que no felicidad.

Mas, ¿qué dolor ocultarse al pecho amante podrá, aunque de loca alegría se vista con el disfraz?

Por eso mientras platican los padres con gravedad, así con la hermosa Blanca se explica triste German.

—¿Qué tienes, Blanca?

—¿Yo? Nada.

—Tú estás fingiendo.

—No finjo.

—¿Para ser tu confidente, tampoco me juzgas digno?

—Sí: pero....

—En otra ocasion, que nunca daré al olvido, al mal de mis desengaños buscando el único alivio,

amor te pedí. «Ya es tarde» me respondiste, el cariño de hermana ofreciendo en cambio de mi amoroso delirio.

Mucho en el cambio perdía; mas acepté el sacrificio de mi última esperanza, por ser al menos tu amigo.



Si tal hoy me consideras,  
ábreme el pecho afligido,  
cuéntame tus penas todas,  
que yo sufriré contigo.

Háblame con libertad  
de ese amor, que es tu martirio,  
sin temor de darme enojos....

—Ese amor ha concluido.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo cierto.

—¿Pero cómo?... ¿Qué motivo?

Hace poco aun os amábais :

Rafael te quiere.

—Me quiso.

—Pero como....

—Quiere á otra.

—¡Imposible!

—Te repito,

que sí.

—Lo dudo.

—Leonarda

puede servir de testigo.

—¿Leonarda? No puede ser.

Tú deliras.

—No deliro.

—¡Leonarda!... reptil inmundado

encenagado en el vicio;

mujer que embriagada vive  
en impuro sensualismo ;  
que solamente conoce  
el placer de los sentidos ;

ente estúpido que ignora  
del amor el heroísmo ;  
materia que no comprende  
la pureza del espíritu....

ser tu rival?.... ¡Imposible!  
¿Quién jamás tuvo el capricho  
de volver la espalda á un ángel  
para amar á un ser indigno ?

¿Quién á dejar se atreviera  
un arroyo cristalino,  
por beber de inmunda charca  
el cenagal corrompido?

¿Quién de la cándida rosa  
dejó el perfume exquisito,  
para aspirar el veneno  
de la mandrágora activo ?

Leonarda no inspira amor :  
habla solo á los sentidos,  
y Rafael....

—Que la quiere,  
no hay duda : lo sé de fijo.

—Yo no puedo convencerme :  
¡ Rafael, mi mejor amigo,

dejarte á tí por Leonarda!...

Imposible, te repito.

—Aunque imposible parezca,  
sin embargo es positivo.

Pero me extraña....

—¿Qué?

—Nada,

nada : no debo decirlo.

—Sí, Blanca, sí : no me ocultes  
de tu extrañeza el motivo,  
que aunque claro no lo veo,  
sospecho que lo adivino.

—Pues bien, German; como siempre  
constante de tu cariño  
me hablabas, y me ofrecias  
testimonios infinitos,

calculé que te alegrara  
lo que aquí te he referido,  
y ha resultado al contrario;  
te has quedado pensativo.

—Es justa tu observacion ;  
pero escucha los motivos,  
origen de esa mudanza  
que tanto te ha sorprendido.

El amor que tú me inspiras,  
lo que yo siento contigo,  
ni yo con nadie, ni nadie  
puede con otra sentirlo.

Es un amor tan sublime  
que en él no cabe egoismo :  
que cuando en tí, Blanca, pienso,  
de mi propio ser me olvido.

Por eso al saber, que ya  
vuestros amores de niños  
concluyeron, la primera  
impresion que yo he sentido,

fué no mas de asombro y pena:  
asombro, pues no concibo,  
que halle, quien en tí adoró,  
en otro amor atractivos.

Pena, por ver que prefieren  
á esa mujer, ¡ vive Cristo !  
que ni de besar es digna  
la franja de tu vestido.

Y porque quien esto ha hecho  
no puede ser mi enemigo,  
que desde niños, bien sabes,  
cuanto siempre nos quisimos.

.....

Además, para alegrarme  
era á mi entender preciso  
ver brillar de la esperanza  
el rayo puro y divino.

Y eso , Blanca, no sucede :  
todo lo encuentro sombrío :  
se han roto vuestros amores....  
presto volveréis á unirlos.

—Jamás.

—¡Oh ! no lo repitas :  
no sabes lo que te has dicho.

—Sí, lo sé.

—Tú no comprendes  
de esa palabra el sentido.

—Lo comprendo , y te aseguro  
que rara vez yo varío  
cuando una cosa resuelvo.

—¿Con que tanto te ha ofendido ?

—No es, German, precisamente  
por la ofensa ; mas yo exijo,  
que aquel , á quien doy mi amor,  
lo sienta cual es el mio.

Yo en él tan solo pensaba,  
y pensaba con delirio :  
aspiraba á él solamente  
por convicción , por instinto.

Él no quiere de este modo :  
que me prefiera imagino,  
mas á otra quiere , y yo siempre  
quiero en amor lo exclusivo.

—Es tan jóven....

—Bien : por eso

creo que el mal no tiene alivio.

—¡Oh!

—Lo he pensado muy bien,  
y por siempre ha concluido.

.....  
.....

—¿Estás decidida?

—Sí.

—Pues.... perdona si te exijo  
un favor, que tal vez juzgues  
extravagante capricho.

—Habla.

—Si durante un mes  
varias en lo mas mínimo  
de como piensas ahora,  
me lo dirás.

—Concedido.

—



---

XII.

EL PLAZO.

---

—El término prefijado hoy cumple, Blanca.

—Es muy cierto.

—¿Y piensas como pensabas?

—Lo mismo, German.

—Me alegro.

Mas esa resolucion....

—Es firme.

—Pero sospecho que al mantenerla, tu alma sufre un horrible tormento.

—No lo imagines.

—Sí, Blanca: un amor de tanto tiempo no puede en tan pocos dias olvidarse por completo.

—Mi razon hace ya un año  
trabajaba sin sosiego,  
y al fin venció al corazon,  
que hoy duerme profundo sueño.

Tú me dijiste una vez  
que era mi amor devaneo,  
juego de niños: entonces  
me era imposible creerlo.

Hoy, por fortuna ó desgracia,  
aquella verdad comprendo.  
He dejado de ser niña  
y el juego de niña dejo.

—Pero lo dejas con pena.

—No en verdad: si sentimiento  
tuve al pronto, hoy te aseguro  
que está tranquilo mi pecho.

—Entonces, Blanca, mi alma  
mostrarte tambien yo puedo,  
sin ofender de mi amigo  
el cariñoso recuerdo.

Mientras los dos os amásteis,  
yo te adoraba en silencio:  
hoy, que ese amor ha pasado,  
al tuyo aspirar ya puedo.

Inútil es que te explique  
cuáles son mis sentimientos:  
tú los sabes; pero ignoras  
cuánta es la dicha que espero.

Si comprendieras el mundo,  
cual por mi mal lo comprendo,  
entonce adivinarías  
el amor que por tí siento.

Mira, Blanca, ha muchos años,  
de amor y placer sediento,  
en alas de la esperanza  
lanceme al azar tras ellos.

Muchas veces insensato  
pensaba que allá á lo lejos  
se inflamaba el horizonte  
con sus fúlgidos destellos.

Tras el punto luminoso  
yo avanzaba en rauda vuelo,  
llegaba al límite.... ; nada!  
oscuridad y silencio!

Cruzaba mi mente inquieta  
la sombra de un ángel bello;  
loco abríale mis brazos,  
y el ángel volaba al Cielo.

En un jardín contemplaba,  
al nacer, un pensamiento;  
llegaba: la flor hermosa  
marchita yacía en el suelo.

Una fuente cristalina  
murmuraba en el desierto;  
llegaba: trocada el agua  
hallaba en impuro cieno.

Cuantas imágenes puras  
arrullaron mis ensueños,  
cuantas bellas ilusiones  
dentro del alma nacieron,  
esperanzas engañosas  
fueron no mas : fátuo fuego,  
en pos del cual yo corria  
fatigado y sin aliento.

Entonce el mundo miré  
por un prisma menos bello,  
y ví de la realidad  
el nauseabundo esqueleto.

Do quier que tendia mi vista,  
se alzaba un horrible espectro,  
con ropaje de virtud  
sus torpes vicios cubriendo.

Mujeres sin corazon  
brindando amores sinceros,  
otras brindando primicias  
de corazones ya enfermos.

Muy pocas virtudes ví;  
y aun esas, hijas no fueron  
de la inocencia : formólas  
algun desengaño á tiempo.

Lo que mi mente soñaba,  
el tipo hermoso y perfecto  
de pureza, de ternura,  
de virtud y de talento,

en el mundo no existia ;  
y si existia , á lo menos  
yo por mi mal no le hallaba ,  
siempre su rastro siguiendo.

¿Qué hacer en tal situacion ,  
sin esperar ya consuelo?  
¿Llorar? No : reir de sí mismo  
y del mundo al propio tiempo.

Y me reí como un loco :  
y fué un sarcasmo sangriento  
mi risa ; pero con ella  
cubrí mi dolor acerbo.

Faltóme al fin la esperanza ,  
creí la dicha un ensueño ,  
un fantasma la virtud  
y la ambicion un tormento.

Ya en el marasmo yacía ;  
mas, de pronto, un ángel bello  
iluminó con su luz  
la noche del pensamiento.

¿Recuerdas nuestra entrevista  
en el bosque de los cedros ?  
Aquella niña era el ángel  
enviado de los cielos.

Aquella niña tan pura  
hizo brotar en mi pecho  
de la dicha la esperanza  
y del amor el deseo.

Volví entonces, Blanca mía,  
con un entusiasmo nuevo,  
á creer en la virtud,  
que antes negaba protervo.

Y lo creí de repente,  
porque fuera vano intento  
querer dudar lo que el alma  
estaba feliz sintiendo.

Por eso bajo del sauce  
poco despues mis afectos,  
mi puro amor, te explicaba,  
el tuyo en cambio exigiendo.

«Ya es tarde» me respondiste,  
y yo me alejé en silencio  
de tu lado, mi agonía  
con falsa calma cubriendo.

Hoy por fortuna ó desgracia  
algo han cambiado los tiempos.  
¿Puedo esperar que algun dia  
des, Blanca, á mi amor un premio?

Tú eres mi sola esperanza :  
contigo puedo ser bueno ;  
sin tí.... caeré de la duda  
otra vez en el desierto,  
y de mi vida pasada  
á los desastres volviendo,  
sin esperanzas....

—Espera.

—¿Que espere?

—Sí.

—¡Dios eterno!

¡Oh! Blanca.... Blanca....

—German,

si en mi amor tienes empeño,  
no te exaltes....

—Pero, Blanca....

—y escúchame con sosiego.

—Bien, habla.

—¿Dentro de poco  
no te marchas?

—Sí.

—Pues.... bueno,  
cuando vuelvas....

—¡Oh! tú lloras,  
y esas lágrimas....

—Silencio :

eso nada significa ;  
y en fin.... se queda en suspenso  
este asunto.

—Pero.... Blanca....

—Cuando vuelvas hablaremos.

—Mas qué razon....

—Nada.... nada....

—En verdad que no comprendo  
por qué en dejarme en la duda  
pones tan tenaz empeño.

—Dudas has dicho: pues.... oye:  
solemnemente te ofrezco  
que cuando vuelvas á verme  
pensaré como ahora pienso.

—Es que ignoro....

—Yo juzgaba  
que habias leído en mi pecho,—  
dijo Blanca: de rodillas  
cayó á sus piés el mancebo.

---

XIII.

EL TRÁNSITO.

---

Un viajero, extraviado  
de la noche en las tinieblas,  
llegó á pedir hospedaje  
de humilde choza á la puerta.

Nadie á los golpes responde,  
nadie escucha sus querellas:  
vuelve á llamar; un suspiro  
solo á sus voces contesta.

Aquel suspiro, que escucha,  
al fondo del pecho llega,  
y cual eco de agonía  
al triste viajero aterra.

Sus sienes violentas laten,  
y la sangre de sus venas,  
en lava hirviente trocada,  
al corazon se aglomera.

Otro suspiro! ¡Que horrible  
dentro del alma penetra,  
como una voz de las tumbas,  
desgarradora sospecha!

Contra la puerta se lanza,  
y abriéndola con violencia,  
al fondo de aquella choza  
temblando de espanto llega.

En un rincon de la estancia  
al vivo se representa,  
sin mas testigo que Dios,  
triste, dolorosa escena.

Hay un lecho de agonía,  
en él una vírgen tierna,  
y arrodillado á su lado  
el padre de la doncella.

Pocos momentos de vida  
á aquella flor ya le restan:  
de la muerte el soplo crudo  
heló su corola bella.

Aquella flor era Blanca;  
flor apenas entreabierta,  
cuyo aroma ya cundia  
publicando su grandeza.

Y era el viajero German,  
que daba á su hogar la vuelta  
embriagado de esperanzas,  
tras largos meses de ausencia.

German que, de amor sediento,  
que cumplierse su promesa  
venia á exigir á Blanca....  
y hallaba á su Blanca muerta.

Cayó el triste de rodillas,  
al ver fugarse ligera  
la postrimera esperanza  
que le restaba en la tierra.

Fijos en Blanca los ojos,  
su faz lívida contempla,  
y una mano ya aterida  
entre sus manos estrecha.

Aun respira : de repente  
German trémulo recuerda  
un bálsamo prodigioso,  
que por fortuna conserva.

El pomo que lo contiene  
saca veloz, y con fuerza  
sus dientes clava aturdido  
en los sellos que le cierran.

Brota el bálsamo, á los labios  
vá á aplicarlo de la enferma....  
pero el último suspiro  
en aquel momento vuela.

.....

.....

El padre cogió en sus labios  
esa ráfaga postrera  
de la vida de aquel ángel,  
que abandonaba la tierra.

Y espantado, mudo, inerte,  
German dobló la cabeza  
sobre la misma almohada  
en que flotaban sus trenzas.

.....  
Fué el padre el solo testigo,  
una cabaña la Iglesia,  
y la muerte el sacerdote  
de aquella alianza eterna.

Eterna, sí: que ante el lecho  
donde la muerte se asienta,  
y estrechando entre las suyas  
de Blanca la mano yerta,  
juró German por su vida  
conservar en su pureza  
el amor, que solo un ángel  
pudo inspirarle en la tierra.

---

---

XIV.

LA ÚLTIMA LÁGRIMA.

---

Es una tarde de otoño :  
próximo el sol á su ocaso ,  
vá una triste cabalgata  
una sierra costeando.

Una madre , sumergida  
en el raudal de su llanto ,  
un padre , ayer venturoso ,  
hoy de dolor agoviado ,  
al funerario cortejo  
á su pesar abren paso ,  
mientras , gimiendo , murmuran  
triste plegaria sus labios.

Detrás y á larga distancia  
conduce un coche cerrado  
el cadáver de una jóven ,  
llena de vida hace un rato.

Y silencioso, sombrío,  
junto al coche y á caballo,  
con calma estóica vá un hombre  
el cadáver custodiando.

Lo que piensa, lo que siente,  
querer decirlo es en vano,  
porque es de Blanca el cadáver,  
y German quien vá á su lado.

Largas horas trascurrieron,  
y sin cesar caminando,  
á las puertas de una aldea  
antes del alba llegaron.

Ya en ella el triste suceso  
do quier circulaba rápido,  
y las gentes acudian  
vertiendo su lloro amargo.

—Era un ángel, era un ángel—  
claman jóvenes y ancianos:  
—Era un ángel—repetían,  
el cadáver contemplando.

Y era verdad: era un ángel;  
por eso su vuelo raudo  
tendió al cielo; que en la tierra  
jamás ángeles moraron.

Por eso de tantos ojos  
brotó tan sincero llanto,  
y no, cual suele, mintieron  
cuantos su pena expresaron.

---

Las campanas de la aldea  
doblan , doblan sin descanso :  
muy bien si tocais á muerto  
por los que acá se quedaron ;  
muy mal si tocais por Blanca :  
tocad á gloria , insensatos ,  
que el ángel vuelve á los cielos ,  
y Dios le tiende sus brazos.

---

Ya descansan en la fosa  
sus restos inanimados :  
ya los separa del mundo  
pesada losa de mármol.

Un hombre hasta entonces inmóvil  
se aleja con lento paso ,  
una lágrima de fuego  
sobre el sepulcro dejando.

---



---

XV.

CONCLUSION.

---

—Pronto del revuelto Estrecho  
iré cortando las olas:  
pronto me veré del África  
en las playas arenosas.

Y aunque aseguran, German,  
que el tiempo todo lo borra,  
yo no daré tiempo al tiempo  
para que acabe su obra;

que las montañas del Riff  
abrigan salvajes hordas,  
aunque vencidas, sedientas  
de noble sangre española.

—¡Te vas al África!

—Sí.

—¿Lo has meditado?

—De sobra.

— ¡Quién pudiera irse contigo,  
y allí sucumbir con gloria!

— Tu destino....

— Mi destino

es apurar gota á gota  
hasta sus últimas heces  
de la amargura la copa :  
mi destino es ir cruzando  
el mundo, como la sombra  
del condenado que gira  
en derredor de la gloria:

mi destino es recoger  
otra vez mi lira rota,  
y enmascarar mis pesares  
con dulces y amantes trovas :

mi destino, Rafael,  
es mentir á toda costa  
grata sonrisa, que oculte  
la hiel que al alma devora.

— ¿Es, German, quizás el mio  
mejor?

— Rafael.... perdona.

Es verdad: es una misma  
la pena que nos agobia.

Ambos al par la adoramos;  
mas para tí fué la aurora,  
que vió en su rojo horizonte  
tu juventud ardorosa :

para mí de sol poniente  
fué el rayo que el Cielo dora,  
dejando al irse cubierto  
el mundo de nieblas hondas.

—¿Quién nos dijera, German,  
que habia de llegar un hora  
en que sin celos recíprocos  
evocásemos su sombra?

Hace un año....

—No prosigas:  
los recuerdos son la losa  
de hielo, que al corazon  
sepulta en horrible bóveda.

Piensa, Rafael, en África,  
en combates y en victorias,  
que ciñan tu noble frente  
de inmarcesibles coronas.

—  
Así los amigos fieles  
en las playas calorosas  
de un puerto de Andalucía  
platicaban á la aurora.

Del uno los ojos negros  
el llanto á intervalos moja;  
del otro los secos párpados  
velan la mirada torba.

—

Algunas horas mas tarde  
las corrientes procelosas  
del Estrecho vá cruzando  
una fragata española,  
que á bordo lleva guerreros  
que venguen la patria honra,  
y hermanas de Caridad  
que al desvalido socorran.

Vá entre aquellos Rafael  
tras una muerte gloriosa;  
con éstas marcha Leonarda,  
que sus extravíos llora.

German, en tanto, en el mundo  
del mundo á placer se mofa,  
disfrazando con sonrisas  
el dolor que le devora.

---

¡Que de Leonarda la frente  
purifique la alba toca,  
ya que llora arrepentida  
lo que gozó pecadora!

¡Y á German y Rafael  
les conceda generosa  
el consuelo del olvido,  
de Dios la misericordia!

LA CRUZ DEL LAGO.

—



Envuelta en los anchos pliegues  
de un manto de nubes blancas,  
salió á pasear la luna  
silenciosa y recatada.

Al pasar cerca de un lago  
echóse el manto á la espalda,  
para mirarse un momento  
en el cristal de sus aguas;  
y, fijando embebecida  
en las ondas su mirada,  
en sombras dejó la tierra,  
de luz inundando el agua.

En las márgenes del lago  
existe un bosque de acacias,  
en el que el aura suspira  
al cruzar entre sus ramas,  
bajo las cuales, oculta,  
meciéndose está una barca,  
y en ella una niña hermosa,  
como la aurora rosada.

Saber intenta la luna  
lo que dentro el bosque pasa,  
y, revolviéndose inquieta,  
un pliegue del manto rasga :  
    por el giron presuroso  
su rayo trémulo escapa  
y al bosquecillo se inclina,  
pero á alumbrarlo no alcanza :  
    que enlazándose las hojas,  
medidas por leves auras,  
fantástico velo tejen,  
que el seno del bosque guarda.

---



---

## II.

Dejó la brisa un momento  
de jugar con el ramaje,  
y entreabriéndose pausadas  
las febles ramas de un sauce,  
    á luz salió la barquilla,  
y comenzó á deslizarse,  
cruzando del manso lago  
los inmóviles cristales.

Mas ¿qué misterio se esconde  
en su marcha lenta y grave,  
que ni las aguas murmuran,  
ni agudos silvan los aires,  
    ni deja su quilla estela,  
ni la azota el oleaje,  
ni forman las aguas rizos  
que su limpidez empañen?

Apenas de la barquilla  
se vé la prora: flotantes  
por sus costados perdidos  
penachos de niebla caen

de tal modo, que ya apenas  
puede al lejos divisarse,  
como nubecilla blanca  
que en vapores se deshace.

Quizás realidad no sea,  
y si del sueño una imágen,  
la fantástica barquilla  
que el lago cruza constante.

Ilusion ó realidad,  
vogando sigue la nave,  
cual remolino de niebla  
leve, sutil, impalpable,  
y del lago misterioso  
hácia un oscuro paraje,  
donde por ancho torrente  
las aguas rápidas caen

á otro lago tormentoso  
de encapotado celaje,  
aguas turbias, fondo negro,  
y corrientes y huracanes,

vá la niña en la barquilla  
de su peligro ignorante:  
¡ ay de ella ! si al borde toca  
de aquel abismo insondable.

---

---

### III.

En este revuelto lago  
navega atrevido un hombre,  
dejando á merced del viento  
ir por do quiera su bote.

Súbito á sus ojos llegan  
dulcísimos arreboles,  
y de celeste armonía  
siente vibrar los acordes.

Mira hácia el lago vecino,  
y allí de vivos fulgores  
vé inundada la barquilla,  
que está del torrente al borde.

En ella la niña duerme  
sin temer á los horrores  
del lago de las tormentas,  
que el agua del otro absorbe.

Al verla, su pecho agitan  
dulcísimas emociones,  
y en su alma brota enérgico  
el gérmen de puros goces.

Llegar á la barca intenta,  
veloz por las olas rompe,  
y juzga que está á su alcance,  
y á apresarla se dispone.

Mas las olas, las corrientes,  
la oscuridad de la noche,  
los revueltos vendabales  
en contra luchan feroces.

En vano avanzar procura  
hácia el torrente deforme;  
en vano del remo fuerte  
redobla afanoso el golpe;

en vano á los vientos lanza  
espantosas maldiciones;  
en vano — ¡ socorro ! — grita,  
que nadie escucha sus voces.

En tanto á sus piés contempla  
abismos aterradores,  
escollos ante sus ojos,  
sobre su frente visiones :

mientras la barquilla leve  
en el otro lago á flote,  
ya al torrente se aproxima,  
ya á la ribera se acoge.

La luna tras un nublado  
la pálida faz esconde,  
y las sombras se dilatan  
por la extension de los orbes.

¡Ay de la triste barquilla  
que el peligro desconoce  
y junto al torrente pasa  
y sus bramidos desoye!

¡Ay de la triste barquilla!  
¡Quiera el cielo no zozobre,  
que al lado está del abismo,  
y vá cerrando la noche!

Mas no haya miedo: ¡dichosa  
la nave de airoso porte,  
que á bordo conduce un ángel  
por la mansion de los hombres!

---

Mientras del lago cercano  
los vientos aterradores  
olas espumosas alzan,  
que en rocas desnudas rompen,  
la barquilla misteriosa  
se desliza sin temores  
por el lago cristalino  
entre músicas acordes,  
y junto al mismo torrente  
á puerto feliz se acoge,  
entre unas colinas altas  
cuyas faldas bordan flores.

---



---

#### IV.

Extiéndese un valle ameno  
de ambos lagos por la orilla,  
surcado de arroyos mansos,  
que besan flores divinas.

Hacia el lago de aguas claras  
tiene una playa tendida :  
del lado del otro lago  
rocas de elevadas cimas ;  
así es fácil del primero  
á este valle la subida :  
así es difícil del otro  
salvar la márgen sombría.

Por eso la niña bella,  
que bogaba en la barquilla ,  
ahora goza de este valle  
las inefables delicias,  
y el hombre que en las borrascas  
del otro lago se agita ,  
en vano á salvar las rocas  
con rudo teson aspira.

La niña cruza entre tanto  
con inefable sonrisa  
las verdes frondas del valle  
que gayas flores matizan.

En ella el hombre afanoso  
con teson los ojos fija :  
y en tanto mas la contempla ,  
mas hermosa vé á la niña.

Tan hermosa que le encanta ,  
y el corazon le cautiva ,  
y al alma presta consuelo ,  
y amores castos le inspira.

Niña blanca como el alba ,  
como la paloma tímida ,  
como la aurora rosada ,  
como los ángeles linda.

La rubia crencha sedosa ,  
del aura al soplo movida ,  
por el plegado ropaje  
ondulosa se desliza ,

y, entrambas manos cruzadas  
sobre el pecho, vá abstraída  
como una vision celeste ,  
fija en los cielos su vista.

Su pié no imprime la huella  
sobre la planta que pisa ,  
su blanca túnica pasa  
sobre la flor, sin herirla.

Su voz es vago murmurio  
de misteriosa armonía ,  
que brota.... ¿quién sabe donde ?  
y dentro del alma vibra.

Dá su aliento á los aromas  
de los claveles envidia ,  
y sobre su frente casta  
hermosa aureola brilla.



---

V.

Allá en el fondo del valle  
un monumento de piedra  
de tosca forma confusa  
entre unos sauces se eleva.

Allí sus pasos dirige  
tranquila la niña bella,  
sin percibir los bramidos  
del lago de las tormentas.

No es extraño: fueron cortas  
las horas que estuvo cerca  
de ese lago peligroso,  
que atrás para siempre deja:

    y esas horas, abstraída  
en contemplar las bellezas  
del valle en que se fijaron  
sus ojos por vez primera,  
    tan risueñas y tan rápidas  
trascurrieron para ella,  
que ni sabe cual pasaron,  
ni si existieron recuerda.

Ya á los sauces se aproxima ,  
ya en su recinto penetra ;  
y ya el náufrago del lago  
de alcanzarla desespera.

Esfuerzos hace inauditos  
de valor y de destreza ,  
y, aunque el peligro comprende,  
por el todo el todo arriesga.

Lanza con empuje rudo  
el bote contra las peñas ;  
pero una racha contraria  
mar adentro se lo lleva.

Las olas baten con furia  
de sus remos las paletas ;  
pero el bote queda inmóvil  
entre las olas revueltas.

Á la luz de los relámpagos ,  
que frecuentes centellean ,  
entre los sauces percibe  
la vision que le enajena.

Ya unas veces se imagina  
que rápida de él se aleja ,  
ya otras veces se figura  
que sin cesar él se acerca ;  
mas vacila, y no comprende  
cómo tal cosa suceda ;  
que estaban lejos los sauces  
y él en el lago se encuentra.

Y no hay duda: la distancia  
del lago á los sauces mengua ;  
ó retroceden los árboles ,  
ó ganan las aguas tierra :  
    que ya las olas rizadas  
azotan las rudas peñas ,  
donde severo se apoya  
el monumento de piedra ,  
    ante el cual arrodillada  
la niña de rubia crencha ,  
los ojos eleva al cielo ,  
las manos posa en la tierra .

Su mano, al tocar el mármol ,  
cobarde un momento tiembla ;  
al ir su mirada al cielo ,  
inmenso placer revela .

---

Desprendiéndose pausadas  
del monumento dos piedras ,  
á los piés de aquella niña  
abierto un sepulcro dejan ,  
    y, replegándose rápidas  
del firmamento las nieblas ,  
franca entrada dejan libre  
á las mansiones excelsas .

---

Un cuerpo inerte desciende  
hasta el seno de la tierra :  
un espíritu purísimo  
hacia la gloria se eleva.

Ronco grito de agonía  
dentro del lago resuena :  
y el huracan la barquilla  
contra las rocas estrella.

---

---

VI.

Huyó lejos del sepulcro  
aquella vision hermosa,  
dejando casi sin vida  
al náufrago entre las rocas.

¡ Pobre náufrago ! á la cruz,  
que aquel sepulcro corona,  
con honda pena se abraza  
y amargas lágrimas llora.

Y del lago borrascoso  
vé disiparse las olas,  
dejando una playa estéril  
y en ella la barca rota.

Á sus piés la mira el triste,  
y el mirarla le acongoja,  
y aun escucha conmovido  
de las aguas la voz ronca.

Pero si aun pisa el cuitado  
en la playa cenagosa,  
en cambio la cruz purísima  
con sus brazos aprisiona,

y, con el alma transida  
de pena cruel, adora  
un nombre santo, grabado  
de aquel sepulcro en la losa.

Nombre que al alma recuerda  
algunas pasadas horas  
de casto amor, de delicias,  
que huyeron cual leve sombra.

Nombre ante el cual en su mente  
sublime y radiante brota,  
el corazon conmoviendo,  
tierna virgen misteriosa.

Estrella en un cielo opaco  
que, surgiendo brilladora  
en medio de la borrasca,  
marcóle rumbo piadosa.

Por eso el náufrago triste,  
presintiendo nueva gloria,  
trémulo de amor el labio  
al pié de su nombre posa.

VII.

—No llores, hermano mio,  
esas lágrimas enjuga : —  
dice, vibrando armoniosa  
tierna voz en las alturas.

—Si los pesares te oprimen,  
si te acobarda la angustia,  
si la soledad te espanta,  
y el abandono te abruma,

si el corazon languidece  
falto de emociones rudas,  
y vacía de esperanzas  
ves el alma con pavura,

si ese valle, antes hermoso,  
de sus galas se desnuda  
y á tus ojos aparece  
cubierto de negra bruma,

no desesperes, hermano,  
que hora radiante despunta  
de tu vida en el desierto  
nueva aurora de ventura.



Juguete de las pasiones,  
de la esperanza y la duda,  
tu existencia naufragaba  
en un lago de aguas turbias.

En otro lago vecino,  
por el cual tan solo cruza  
la inocencia, yo con ella  
surcaba sus aguas puras.

Retroceder á mi lado  
no hubieras podido nunca:  
llegar yo al tuyo pudiera;  
pero no inocente y pura.

Hoy, dejando esas mansiones  
de casto amor infecundas,  
á tu amor y tu esperanza  
trazada dejo la ruta.

Si conseguir ambicionas  
tu dicha á mi dicha junta,  
del errante peregrino  
el tosco báculo empuña,  
la cruz apoya en tus hombros,  
del cielo espera en la ayuda,  
y en tu pecho con firmeza  
mi imagen graba profunda.

—  
Calló la voz; pero el eco  
aun sus acentos modula,

y con su aliento las auras  
el ancho valle perfuman.

De amor el alma inundada ,  
alzándose de la tumba  
el hombre que oraba en ella  
eleva la frente mustia:

sus ojos clava en los cielos ,  
donde entre sombras fulgura  
el lucero cuyos rayos  
de luz su espíritu inundan.

— ¡ Oh ! es verdad, casta vírgen,  
radiante estrella que alumbra  
mi existencia borrascosa ,  
envuelta en opaca bruma, —

dijo el hombre : — en ese cielo,  
en que tan bella fulguras ,  
está la dicha , que encuentra  
el que constante la busca.

Yo en tu amor, casta doncella,  
cifro solo mi ventura :

¡ que nunca tu amor me falte ,  
que yo no te olvido nunca !

¡ Que la divina esperanza  
jamás de mis ojos huya ,  
y presto purificado  
me elevaré hasta tu altura !—



---

## CONCLUSION.

---

Antiguas leyendas narran,  
que despues de muchos años  
al recinto de los sauces  
llegó una noche un anciano.

En torno giró los ojos,  
y al fin exclamó asombrado:  
— ¡Dó está el valle de las flores?  
¡En dónde el revuelto lago?

¡En dónde las negras rocas  
que al alma daban espanto?  
— ¡Todo pasa! — triste acento  
vibró en su espíritu opaco.

— ¡Mientes! — el anciano dijo,  
y en el recinto sagrado,  
descubierta la cabeza,  
penetró vertiendo llanto.

Mas del antiguo sepulcro  
solo la cruz en pedazos  
halló en el suelo, perdida  
entre yerbas y peñascos.

Miróla triste un momento  
y, — no importa, — gritó al cabo,  
aquella vírgen conserva  
en mi pecho un santuario.—

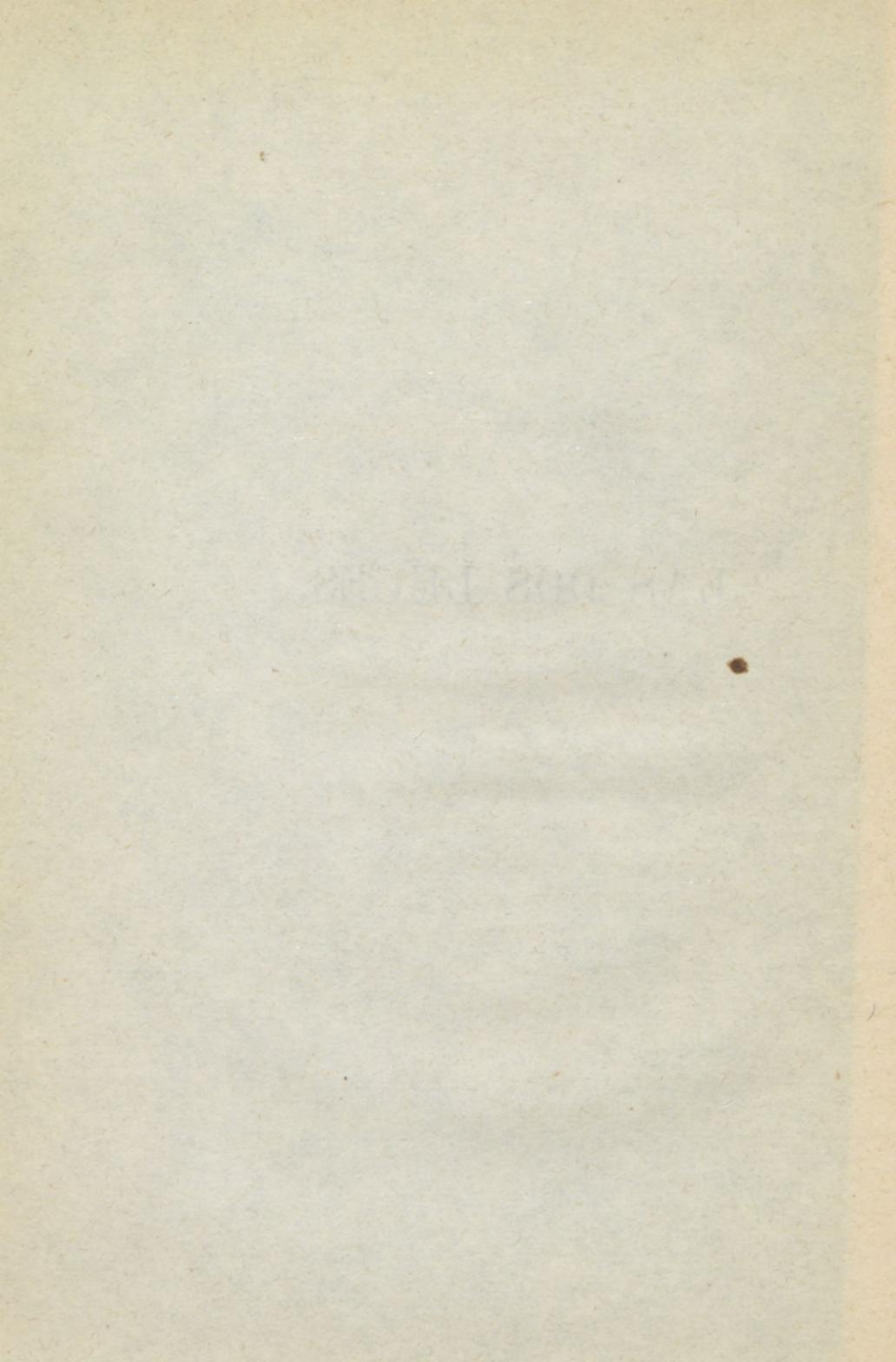
Despues dobló las rodillas,  
y un misterioso letargo  
tierna y piadosa plegaria  
hizo espirar en sus labios.

Un ángel bajó del cielo,  
y á su espíritu llamando,  
— es la hora, — le decia,  
venir ya puedes, hermano.—

Quedó en la tierra un cadáver,  
y *puro y purificado*  
por siempre unidos al cielo  
dos espíritus volaron.

LAS DOS LUCES.

---



---

I.

EL CREPÚSCULO DE LA MAÑANA.

---

Recorriendo ancha pradera,  
do la flor nace incolora,  
y no zumban los insectos,  
ni tiene la planta aromas,  
ni existen vientos que bramen,  
ni brisas murmuradoras,  
ni fuentes que den frescura,  
ni arboledas que den sombra,  
ni hermosos valles risueños,  
ni cañadas melancólicas,  
ni baladores rebaños,  
niavecillas amorosas,  
va sereno un ancho río  
sin espumas y sin ondas,  
de aguas tibias sin murmullo  
y riberas arenosas.

La luz los tersos cristales  
de sus aguas no colora :  
no brilla el sol ; densa niebla  
la triste pradera entolda.

Tampoco la tenue lumbre  
de la luna melancólica  
sobre sus aguas ríela  
plateada y misteriosa.

La claridad del crepúsculo,  
engendro de luz y sombra,  
cubre el río, la pradera  
y de los cielos la bóveda.

Sobre la tarde corriente  
cual leve barquilla flota  
tosco leño ; recostado  
en él, Adán lento voga.

Ni dolores, ni placeres,  
ni alegría, ni congoja,  
ni recuerdos, ni esperanzas,  
á su mirada se asoman.

Serena y leve sonrisa  
entre sus labios rebosa :  
ni huye el mal, que no comprende,  
ni busca goces, que ignora.

Llevar se deja tranquilo  
hacia regiones ignotas,  
sin fatigarle el viaje,  
sin sentir pasar las horas.

Mas al cabo llega á un punto,  
en que de repente brotan  
en las aguas y en los vientos  
armonías que le arroban:  
    altivo la frente eleva,  
y con mirada curiosa  
de aquel concierto pretende  
buscar la causa remota.

---



---

II.

PRIMER RAYO DE SOL.

---

En ancha cuenca, circuida  
de pintorescas montañas,  
que ostentan nieve en sus picos  
y espeso bosque en sus faldas,  
mansamente el tardo río  
vierte sus ondas en calma,  
formando un hermoso lago,  
que dos brazales desaguan.

Aves de pintada pluma  
entre los árboles cantan;  
embriagadores aromas  
hermosas flores exhalan.

Susurra armonioso el viento,  
y entre nubes de oro y grana  
por el paisaje frondoso  
su lumbre el sol desparrama.

En tanto Adan sobre el leño,  
ebria de entusiasmo el alma,  
inquieto y gozoso admira  
tan brillante panorama.

Mas no le es dado un momento  
hacer en el lago estancia,  
que la corriente es continua  
y las vertientes le llaman.

Al final del lago hermoso  
las dos corrientes se apartan,  
diverso rumbo siguiendo,  
aunque próximas entrambas.

En espumoso torrente  
aquella bramando escapa;  
ésta murmurando sigue  
en ondulaciones mansas.

Entre las dos un momento  
Adan indeciso para,  
oyendo dos voces dulces  
vibrar dentro de su alma.

Una pujante se eleva  
del fondo de rica estancia,  
á la entrada del torrente  
soberbiamente asentada.

La otra dulce y cariñosa  
de una modesta cabaña,  
cuyo pié el arroyo besa,  
en tierno cantar se exhala.

---

---

III.

EL TORRENTE Y EL ARROYO.

---

Cortando un valle profundo  
el ancho torrente va  
rebramante como el trueno,  
veloz como el huracan.

Ondulando mansamente  
un arroyuelo fugaz,  
de una esmaltada pradera  
las flores moja al pasar.

Troncos de encinas añosas  
combate el torrente audaz,  
desnudas peñas descarna  
haciéndolas vacilar.

Se escuchan junto al arroyo  
los ruisseños trinar;  
altiva sobre el torrente  
pasa el águila real.

Dulces aromas el aura  
desparrama sin cesar  
en la pradera: en el valle  
brota olor á tempestad.

Tibia luz á aquella inunda  
hermosa, tranquila, igual:  
en este alternando avanzan  
la luz y la oscuridad.

Vierte el arroyo tranquilo  
su inalterable caudal  
junto á un sepulcro, en que nacen  
azucenas y azahar.

El torrente desbordado  
al valle lagunas da,  
y desaparece en un bosque  
que flanquea un arenal.

---

En tanto aferrado al leño,  
vacilando sin cesar  
en el lago, ya el arroyo,  
ya el torrente mira Adan.

---

---

IV.

EL PALACIO Y LA CABAÑA.

---

De aquel soberbio palacio  
que del torrente está al borde,  
ráfagas de luz brillante  
arrojan los cien balcones;  
    resonantes armonías  
confusas los aires rompen,  
al estruendo del torrente  
uniendo sus gratos sonos:  
    dentro de la estancia vibra  
confuso tropel de voces,  
suspiros y carcajadas  
y mil extraños rumores:  
    y véñse en rápido giro,  
cual fantásticas visiones,  
cruzar hermosas mujeres  
en brazos de alegres jóvenes.

Una entre todas descuella,  
cual reina de los salones,  
envidia de las mujeres  
y martirio de los hombres.

Hermosa, liviana, altiva,  
por ley su capricho impone,  
y las turbas la proclaman  
la diosa de los amores.

—

De la modesta cabaña  
que entre arboledas se esconde  
á la márgen del arroyo,  
parten dulces resplandores.

Ante su abierta ventana  
leves, transparentes, móviles,  
flexibles las ramas fingen  
ondulantes pabellones.

Y á través de su tejido  
dentro de una estancia pobre  
junto á una luz vacilante  
orando se ve una jóven.

Túnica blanca y celeste  
envuelve sus formas nobles;  
sobre su espalda tendido  
flota el cabello en desórden.

En forma de cruz, el techo  
angosta lucana rompe,  
frente á la abierta ventana  
que adornan tiestos de flores.

En la cruz los ojos fijos,  
la cruz su atencion absorbe:  
por la cruz la luna avanza  
á iluminar sus facciones;

pero una gasa flotante  
de misteriosos colores,  
de su frente suspendida  
oculta sus perfecciones.

---

Clara, argentina, vibrante,  
nuncio de amor y de goces,  
una voz en el palacio  
canta lascivos amores.

Dulce, tranquila, serena,  
como el murmullo uniforme  
de arroyo que se desliza  
sobre guijas de colores,

otra voz en la cabaña  
á la primera responde,  
una plegaria elevando  
al Hacedor de los orbes.

---



---

V.

ADAN ABORDA LA CABAÑA.

---

Hallóse Adan de repente  
bajo los copudos árboles,  
que la cabaña sombrean  
con su calado ramaje;

y aquella voz, melodiosa  
como el suspiro de un ángel,  
en el fondo de su alma  
volvió á resonar suave;

y vió dentro de la choza  
en éxtasis elevarse  
hácia la cruz plateada  
de aquella jóven la imágen.

—¿Á dónde vas?

—Á los cielos.

—Espera un poco.

—Ya es tarde.

— Yo quiero vivir contigo.

— Oh! tú ya me abandonaste.

— Tú eres, tú, quien me abandonas:  
apenas leves, flotantes,  
tu rubia crencha diviso  
y tu celeste ropaje,  
apenas lejos columbro  
una vision sin detalles,  
como el fantasma de un sueño  
que se disipa en los aires;  
solo un rayo de tus ojos,  
cual luz del alba que nace  
y sin llenar el espacio  
sucumbe en el mismo instante,  
solo de tu voz un eco  
tenue, dulce, inexplicable,  
como el gemir de las auras  
en las copas de los árboles,  
llega hasta mí, que la vida  
siento del pecho apartarse,  
á medida que se aleja  
tu vago ser impalpable.

— Adios, Adan; eres solo  
en la inconstancia constante:  
ni comprendes lo que dejas,  
ni el rumbo que sigues sabes.

Yo soy el amor del alma;  
á mí con afan llegaste;

pequeño este amor ya juzgas,  
y tu ambicion mides grande.

Dices ¡ ay ! que te abandono,  
y es al contrario ; y en valde  
amargas lágrimas vierto  
por tí , que me das pesares.

---

Así la voz melodiosa  
dijo á Adan , y en el instante  
otra voz y otra armonía  
raudas el espacio invaden.

Adan , al sentir las , súbito  
los ojos alza arrogante ,  
y ve el palacio , y no siente  
ya de la choza alejarse.

---



---

VI.

ADAN EN EL PALACIO.

---

—Ven, Adan, ven á mis brazos,  
donde el amor te convida,  
á apurar en ancha copa  
el néctar de las delicias.

Yo soy el placer supremo,  
el ambiente que respiras,  
la esperanza que se toca,  
el manantial de la vida.—

Así con voz de sirena  
al jóven Adan decia  
el genio de aquel palacio,  
de aquel harem la odalisca;  
y loco Adan, en sus brazos  
con afan se precipita,  
y, el raudo compás siguiendo  
de estruendosas armonías,

á través de los salones ,  
que roja luz ilumina  
y en cien lunas de Venecia  
se deshace y multiplica ,  
con ella cruza frenético ,  
y en rápida danza gira  
entre voces y algazara ,  
palmadas , cantos y risas .

Y sigue , y sigue , y no cede  
el vértigo que le agita ,  
y un salon y otro salon  
cruza y deja , y no vacila :

y en su delirio creciente  
todo lo pasado olvida ,  
cuando la danza abandona  
por la mansion de la orgía ,  
donde la hermosura ostenta  
roja la ardiente mejilla ,  
donde el amor es mas franco  
y mas franca la alegría ,

donde los libres cantares  
roncos en los aires vibran ,  
acompañados del choque  
de las copas hechas trizas ,  
donde las fuerzas se enervan ,  
donde la frente se inclina ,  
donde asoma la verdad  
desnuda , al llegar el dia .

---

Paró la danza : en las manos  
de Adan una copa brilla ,  
y otra , y ciento , todas llenas ,  
todas muy presto vacías.

Torpe su lengua enmudece ,  
se anubla débil su vista ,  
y las fuerzas le abandonan  
y se doblan sus rodillas.

Y cuando animarlo intenta  
la hermosa con sus caricias ,  
él en mullidos divanes  
sin fuerzas ya se reclina.

En son de burla un momento  
sonriendo ella le mira ,  
y huye de él en otros brazos  
que nuevo placer le inspiran.

---



---

VII.

EL DESPERTAR.

---

—¿Es un sueño? Yo en mis brazos  
ha poco de un talle esbelto  
el dulce calor sentia ,  
que daba á mis venas fuego.

De un corazon los latidos  
vibraban sobre mi pecho ,  
y en mi rostro resbalaba  
de una deidad el aliento.

Con ella en mis brazos loco  
cruzaba salones regios ,  
de una fantástica danza  
el raudo giro siguiendo.

Ahora nada; ni un murmullo  
que interrumpa este silencio ,  
ni una luz que de estas sombras  
aclare un tanto el misterio.

Hastiado, solo, rendido,  
sin mas que un vago recuerdo  
de placeres que volaron  
cual los fantasmas de un sueño.

Otra vez sobre el torrente  
sin rumbo fijo navego,  
y del palacio encantado  
á mi pesar ¡ay! me alejo.

Mas ¿soy yo quien me retiro,  
ó es que el palacio va huyendo,  
como el sol, cuando la noche  
desplega su pardo velo?

¿Quién sabe? yo solamente  
en mi delirio sospecho  
que aquellos goces livianos  
quizás para siempre huyeron.

Yo sé que al volver la vista  
descubro lejos, muy lejos  
alcázares encantados  
y encantadoras en ellos;

y al recoger mi memoria,  
para evocar mis recuerdos,  
uno punzante y horrible  
me sale siempre al encuentro.

En una estancia apartada  
hay de rojo terciopelo  
un divan: una luz roja  
medio alumbra el aposento:

en él con aquella hermosa  
que aun en mi mente estoy viendo,  
de amor y embriaguez rendido  
llegué en busca de sosiego.

Allí en sus brazos, mis párpados  
al cansancio se rindieron,  
y, al entornarse, la infame  
de mí se alejó riendo :

se alejó, y en otros brazos,  
aun no rendidos cual estos,  
fué, de mi amor olvidada,  
á buscar placeres nuevos.

Vióme débil un instante  
sin vigor y sin aliento,  
y me arrojó de su lado  
con el desden mas supremo,  
como arrojaba en la orgía  
de las copas los fragmentos,  
como, al encontrarlas mustias,  
las flores de sus cabellos.

Mas se engañó ; por mi vida !  
que aun vida resta en mi pecho,  
y hoy en experiencia gano  
lo que en entusiasmo pierdo.

—

Dijo Adan ; y á la venganza  
aprestando el pensamiento,

abordar quiere el palacio  
en el bajel de los celos.

Mas ¡ ay! en vano redobla  
sus ya débiles esfuerzos,  
y en recobrar lo perdido  
pone tan tenaz empeño;

que, si vuelve la memoria  
hasta el alcázar soberbio,  
y con los ojos del alma  
ve lo que pasa en su seno,  
sobre la mansa corriente,  
falto de vida su cuerpo,  
va arrastrándose sin tregua  
amarrado al duro leño.

---



---

VIII.

LA ÚLTIMA LUZ.

---

El corazón amargado,  
enferma la inteligencia,  
el sentimiento sin vida,  
el organismo sin fuerza,  
el pensamiento sombrío,  
la voluntad medio muerta,  
y solo vivo el recuerdo  
de venturosas quimeras,  
lleva Adán, mientras le arrastra  
lenta, constante, sin tregua,  
la monótona corriente  
que de la vida le aleja.

Ya el palacio no columbra,  
ni los placeres que encierra,  
ni una ráfaga perdida  
de las luces que destella:

ya los cánticos de amores  
á sus oídos no llegan,  
ni las flores olorosas  
con su aroma le enajenan.

Una triste claridad,  
fantástica cual la niebla  
que entre sus gasas envuelve  
de una montaña la cresta,  
se dilata en torno suyo,  
y ante sus ojos ondea  
como la luz de una lámpara  
que ya á extinguirse comienza.

Un silencio, en que no surge  
ni un leve rumor siquiera,  
ni aun de sus hondos gemidos  
el eco triste resuena,  
el ancho espacio domina  
en union de las tinieblas;  
él cada vez mas profundo,  
ellas cada vez mas densas.

En situacion tan extraña,  
que absorto y mudo contempla,  
Adán, otra semejante,  
aunque lejana, recuerda.

Como ahora en el torrente,  
ya lento y manso, navega,  
otra vez de un ancho río  
bajó en las aguas serenas.

De uno y otro opaca sombra  
inundaba las riberas,  
y uno y otro se dormían  
sobre sus lechos de arena.

Mas iba en aquel la luz  
dominando las tinieblas ;  
aquí, al contrario, la sombra  
es por momentos mas densa :

    aquel sus aguas vertía  
en una florida cuenca  
llena de luz, de rumores  
y de arboledas risueñas :

    éste á un abismo sin fondo,  
que solo las sombras llenan,  
arrastrándose pausado,  
va sigiloso á verterlas.

En brazos de la ignorancia,  
de la ilusion por las puertas,  
vírgen el alma sencilla  
allí á la vida se acerca :

    aquí al seno de la muerte  
el hombre cansado llega,  
del desengaño impelido  
en brazos de la experiencia.

La vida allí le esperaba ;  
aquí la nada le espera :  
pues de la nada ha venido,  
justo es que á la nada vuelva.

Tal pensaba en su delirio  
Adan, mirando sin pena,  
pero con temor oculto,  
llegar su hora postrera.

Mas, cuando vibrar la siente,  
su lúgubre son le aterra,  
y, al verse sobre el abismo,  
cobarde un momento tiembla.

---

---

## CONCLUSION.

---

Va á sucumbir : ya la vida ,  
ante la muerte que avanza ,  
del mísero Adan se aleja ,  
vertiendo copiosas lágrimas.

Adan del abismo horrendo  
sus ojos trémulo aparta ,  
y fervoroso dirige  
á los cielos su mirada.

Mas á su cúpula altísima  
su vista débil no alcanza ;  
que entre la tierra y los cielos  
se extiende la sombra opaca.

Ve, no obstante, en medio de ella  
incierta, dudosa, vaga,  
débil luz, cuyos destellos  
percibir intenta el alma.

Su atencion en ella fija ,  
y al punto la luz se aclara :  
amoroso la contempla ,  
y pura la luz irradia :

á ella aspira con delirio ,  
en su socorro la llama ,  
y de fe inundado el pecho  
á ella su espíritu lanza ;

y entonces la luz purísima  
su forma dudosa cambia  
por otra forma mas bella ,  
que á Adan de gozo arrebatá .

Deslumbrante de hermosura ,  
cercada de vivas ráfagas  
de luz de colores bellos ,  
que vida y amor derraman ,

una vírgen casta y pura ,  
de belleza inmaculada ,  
amorosa le sonrie  
entre nubes de oro y grana .

Adan , al verla , se olvida  
de la muerte que le aguarda ,  
y cree que su vida empieza ,  
y lleno de amor exclama :

— Bella deidad , ángel puro ,  
¿ Cuál es tu nombre ?

— ESPERANZA .

— ¿ De dónde vienes ?

— Del cielo.

— ¿Á dónde vas?

— Á tu alma.

— Oh ! es verdad ; siento en ella  
tu influencia sacrosanta ,  
y ya no temo á la muerte ,  
pues tu cariño me ampara.

—

Apenas perdido el eco  
de sus últimas palabras ,  
la vision encantadora  
del cielo descende rauda.

Adan en aquel momento ,  
lleno el pecho de fe santa ,  
con la sonrisa en los labios  
el último aliento exhala ,  
y su espíritu tranquilo  
osado el vuelo levanta  
á la fuente de la vida ,  
en brazos de la ESPERANZA.

—



# LA PERLA

DE LA PLAYA DE ALGECIRAS.

---



---

I.

Buscando va solitaria  
por las playas de Algeciras  
almejuelas, caracoles  
y corales una niña.

Era la niña una perla;  
Concha por nombre tenia,  
y su nombre era la concha  
de aquella perla tan fina.

Vaga por sus labios rojos  
encantadora sonrisa,  
y un bello carmin colora  
su nacarada mejilla,

porque á muy corta distancia  
con miedo y placer divisa  
un atrevido soldado,  
que en ella clava la vista.

Está sola : temerosa ,  
al mirar que se aproxima ,  
quiere huir : al intentarlo ,  
— ¡alto ! — el soldado le grita .

.....

De lo que entrambos hablaron  
yo no podré dar noticia ,  
mas , que era de amor la plática ,  
harto bien lo significan

de sus miradas el fuego ,  
la expresion de las sonrisas ,  
del jóven el entusiasmo ,  
la turbacion de la niña .

Algunas gentes se acercan ;  
la escena de amor termina ;  
y al separarse , soltando  
las manos antes unidas ,

él con afan á la hermosa  
— dime tu nombre : — le grita ,  
y la hermosa le presenta  
una concha nacarina .

## II.

En una noche serena,  
melancólica la luna  
va cruzando el firmamento,  
cercada de pompa augusta.

Todo en silencio reposa ;  
solo las olas murmuran  
al dilatar por la playa  
sus argentadas espumas.

Y triste, callada, inmóvil,  
de la playa en la menuda  
arena, cual vaga sombra  
una mujer se dibuja.

Otra llorosa y doliente  
viene afanada en su busca,  
y, al llegar á la primera,  
exclama con amargura :

—¡Hija del alma, levanta!  
—Dejadme, madre, que sufra,  
dejadme llorar á mares,  
dejad que muera de angustia.

Aquí por la vez primera  
sentí de amor las dulzuras....  
se fué á la guerra del moro....  
¡ay! quizás no vuelva nunca!

III.

Hay un lecho de dolor  
en una humilde cabaña,  
y en él un bravo guerrero  
el último aliento exhala.

Generosa y compasiva  
cuidándole está una anciana :  
á los piés del pobre lecho  
yace una jóven postrada.

Al cielo eleva sus ojos,  
y de ellos brotan amargas,  
surcando su rostro bello  
en ancho raudal sus lágrimas.

El viento entre tanto zumba,  
el mar irritado brama,  
y aquel miserable albergue  
con sus olas amenaza.

Entreabrió los tristes ojos  
el moribundo con pausa,  
y pronunció lentamente  
estas sentidas palabras:

—Pocos momentos de vida  
me restan: muy presto el alma  
dejará mi cuerpo inerte,  
volando á los cielos rauda.

¿Qué importa morir, si muero  
por la honra de mi patria,  
y es un símbolo de gloria  
esta herida que me mata?

¿Qué importa que acá en la tierra  
muera el amor que me abrasa,  
si han de ser allá en los cielos  
realidad mis esperanzas?

Concha, escucha: cuando triste  
de Tetüan en las playas,  
atravesado de heridas,  
en mi sangre me bañaba,

ví descender de los cielos  
un ángel.... el de mi guarda,  
que en mi socorro viniera,  
cubriéndome con sus alas.

Y aquel ángel, Concha mia,  
tanto á tí se asemejaba,  
que dudo, si él eras tú,  
ó tú el ángel de la guarda.—

.....

No dijo mas ; la agonía  
la voz corta en su garganta ,  
y la anciana bondadosa  
á Dios le encomienda el alma.

La niña su mano estrecha ,  
en ella vierte sus lágrimas ,  
mas el hielo de la muerte  
muy presto su mano pasma.

Sintiolo Concha , un gemido  
arrancó de sus entrañas ,  
y tras aquel grito ronco  
cayó al suelo desmayada.

---

IV.

Cerca de la choza humilde,  
donde habitaba la niña,  
hay á la sombra de un sauce,  
una lápida sencilla :

sobre ella una triste anciana  
arrodillada suspira :  
dejadla llorar , es madre ,  
y allí descansa su hija.

Cuando alguno la pregunta  
qué dolor la martiriza ,  
sin levantar la cabeza ,  
con trémula voz replica :

—Estoy guardando un tesoro :  
por él velo noche y dia ;  
que aquí reposa LA PERLA  
DE LAS PLAYAS DE ALGECIRAS.

---

**ANTON Y JUANA.**

---



---

## INTRÓITO.

Te voy á narrar un cuento,  
amadisimo lector,  
que una vieja, amiga mia,  
en secreto me contó.

Esta vieja, aunque habladora,  
tiene tanta precaucion,  
que la fecha del suceso  
cautelosa me ocultó;

y como no sé mentir,  
y soy mero narrador,  
tal y cual me lo contaron,  
el cuento te cuento yo.

---

---

I.

ÉL.

Bonete de paño negro,  
manteos de paño pardo,  
beca de bayeta roja,  
zapatos de hebilla y lazo,  
Pantalon á la rodilla,  
medias negras, guantes blancos  
en el dobléz de la beca,  
como al descuido terciados,  
usa Anton, alegre mozo,  
de *menores* ordenado,  
que de las sagradas ciencias  
cursa los primeros años.

Á la Iglesia desde niño  
sus padres lo destinaron,  
y él, que el mundo no conoce,  
sigue en la Iglesia pensando.

Dios haga que en su camino  
no se encuentre al ángel malo;  
porque es sobrado inocente,  
aunque tiene veinte años.

---

---

II.

ELLA.

Flexible como la palma,  
como los juncos, esbelta,  
como la tórtola, amante,  
como la aurora, risueña,  
como la paloma, cándida,  
como los ángeles, buena,  
como la esperanza, hermosa,  
como la virtud, serena.

Era la tímida Juana,  
graciosísima doncella,  
que apenas cumplido había  
diez y nueve primaveras.

---

---

III.

ÉL Y ELLA.

En suntuosa Basílica  
mil luces ardiendo están :  
y es que el Cabildo celebra  
las fiestas de Navidad.

Retumba en las altas bóvedas  
el religioso cantar ;  
robusto el órgano truena ,  
y tiembla la catedral.

Invaden el santo templo  
en tropel y con afán  
muy pocos por devoción ,  
muchos por curiosidad.

Las bellas y las beatas ,  
(que en esto acordes están) ,  
en los sitios donde estorban  
se empiezan á colocar ,

cuando del coro saliendo  
un modesto colegial  
con el bonete en las manos  
y la vista en el altar,  
en las faldas de una vieja  
se enreda los piés y da  
consigo en los tiernos brazos  
de una niña angelical,  
que, por resguardar el bulto,  
atropella á un sacristan,  
que en la calva de un devoto  
deja caer un cirial.

Rojo de vergüenza el jóven  
á alzarse rápido va;  
mas ¡ay! entonces cayó  
el infeliz de verdad.

Ya se ve, como al demonio  
le gusta tanto enredar,  
el manton y los manteos  
enredó sin mas ni mas.

—Perdone V.— dice el jóven  
á la cándida beldad:  
—no hay de qué:— dice la niña  
con una voz celestial;  
y aquella voz deliciosa,  
de entences vibrando está  
en los oidos del jóven,  
que no la puede olvidar.

—¿Aun dura el enredo?

—Madre,

me falta paciencia ya.

—Vamos, Anton: — dice un clérigo;

y éste, al querer alejar,

corta, mas no desenreda,

ni el enredo material,

ni otro enredo de miradas,

que de ambos turba la paz.

## LAS TENTACIONES DE ANTON.

Anton no puede dormir,  
y, tumbos dando en el lecho,  
á la cruz de su rosario  
prodiga fervientes besos.

Á su santo se encomienda,  
y con fervoroso ruego  
contra tentaciones rudas  
demanda eficaz remedio.

Mas diz que la tentacion  
tan fuerte daba al mancebo,  
que en toda la noche pudo  
reconciliar el sueño,

ni separar un instante  
de sus ojos entreabiertos  
la imágen de aquella niña  
devota orando en el templo.

El nuevo sol brilla en tanto :  
levántase Anton , y , abriendo  
el breviario , comienza  
con fe el matutino rezo ;  
mas su lengua se entorpece ,  
vacila su pensamiento ,  
y circula por sus venas  
no ya sangre sino fuego .

En alta voz la lectura  
comienza el pobre de nuevo ,  
pero le asusta y distrae  
aun mas de su voz el eco :

fija su vista en las páginas  
con mas fe , con mas empeño ,  
y rojas líneas ve solo  
do vió caracteres negros :

al retrato de su santo  
alza los ojos con miedo ,  
y ve á su santo sin barbas  
y con femenil arreo :

lleno de espanto , al balcon  
se lanza , mas con un tiesto  
de flores tropieza , y cae  
de bruces contra los hierros ;

y el tiesto de bellas flores  
cae tambien , pedazos hecho ,  
sobre una niña , que cruza  
la calle en aquel momento .

Arroja la niña un grito,  
alzando sus ojos bellos,  
y otro grito lanza Anton,  
los suyos bajando al suelo.

—¡Ay! Mamá,—la niña exclama,—  
el colegial del enredo.

—¡Virgen santa!—dice el jóven,—  
la mujer de mis ensueños.

Arroyo...  
habiendo...  
otro...  
se...  
— Arroyo... —  
colegio...  
— Arroyo... —  
la...

SEGUNDO TROPIEZO Y PRIMERAS  
EXPLICACIONES.

Es una noche de Estío,  
calorosa como muchas,  
callada, porque ya es tarde,  
y clara, porque hace luna:  
una noche de esas noches,  
en que por las calles busca  
quien tiene calor, el fresco,  
y quien amores, fortuna.

Por eso Anton, que tendria  
amor ó calor sin duda,  
dejando para otras horas  
Padre-nuestros y aleluyas,  
cierra y guarda el breviario,  
apaga la luz ya mústia,  
y, aunque con miedo y cautela,  
á pasear se aventura.

Con paso dudoso, incierto,  
por calles y plazas cruza,  
buscando siempre la sombra,  
porque nadie le descubra;  
mas él marcha en descubierta,  
ó hace que tal se presuma  
la insistencia con que observa  
de cierto balcon la altura.

Á través del cortinaje,  
cual aparicion confusa,  
de una mujer los contornos  
parécele que vislumbra.

Por si es la que sospecha,  
y ansiando salir de dudas,  
con heróica decision  
saber lo cierto procura;

y al ver por bajo una reja,  
que le convida á que suba,  
lo intenta.... duda.... y al cabo  
la curiosidad le empuja.

Ase la mano á los hierros,  
mas de repente se turba,  
un grito oyendo, y aparta  
veloz la mano convulsa.

En vano ocultarse intenta,  
en vano piensa en la fuga,  
que súbito queda inmóvil  
su cuerpo, y su lengua muda.

Y sin accion y callada  
y en idéntica apostura  
una mujer aparece  
tras la reja medio oculta.

Al fin el silencio rompe  
Anton con voz insegura,  
y en frases entrecortadas  
como puede se disculpa,  
y Juana, porque no es otra  
la mujer que allí le escucha,  
mas inclinada se muestra  
al perdon, que á la repulsa.

Tan benévola acogida  
el pecho de gozo inunda  
al pobre Anton, que, temblando,  
un tema de amor modula;

y su voz vibrante y tierna  
tan dulcemente susurra  
en el oido inocente  
de la cándida hermosura

que abstraída pasa el tiempo,  
llena de emocion profunda,  
hasta que sus ojos hiere  
del nuevo sol la luz pura.

---

Y sin acción y callada  
 y en silencio apacible  
 una mujer aparece  
 tras la vela medio oculta.  
 Al fin el silencio rompe  
 Antonio con voz insegura  
 y en frases entrecortadas  
 como queda se disculpa.  
 Y Juan, porque no es otra  
 la mujer que allí le escuchó,  
 más incluída se muestra  
 al perder que a la repulsa.  
 Los dos en voz sencilla  
 el hecho de eso mismo  
 al decir Antonio que se cumplido  
 un tanto de amor mudó;  
 y su voz trémula y torca  
 tan dulcemente se oía  
 en el oído inocente  
 de la criada hermosa  
 que abstraída pasa el tiempo  
 lejos de cualquier pretensión  
 hasta que sus ojos hiezo  
 del nuevo sol la luz pura

—136—

---

VI.

## NARRACION.

Una noche y otra noche,  
segun la crónica narra,  
Anton á buscar el fresco  
salió por calles y plazas;  
y una noche y otra noche  
tambien por la misma causa  
bajar la niña solia  
á igual hora á la ventana.

Y dicen que todas ellas,  
aunque la ocasion es calva,  
por el escaso cabello  
cogiéronla Anton y Juana.

Resultado: que la jóven  
un momento no descansa,  
y que el amante se duerme,  
oyendo explicar el Lárraga.

Que los padres de la niña,  
llegando á entender la causa  
de su mal, con largo encierro  
intentan presto curarla.

Que al colegial de trabajos  
y penitencias recargan,  
por ver, si con ellas vencen  
sus tentaciones mundanas.

Mas contra viento y marea  
los dos se ven y se hablan,  
y el matrimonio resuelven,  
de amor perdidas sus almas.

Deja la carrera Anton,  
la niña á sus padres habla,  
pero á Juana dicen nones,  
y á Anton zurren la badana.

Apesarados suspiran,  
y entre gemidos y lágrimas  
«querer es poder» unánimes  
una y mil veces exclaman.

Y es la verdad: ¿qué no logran  
dos séres que se idolatran,  
si á un mismo fin se encaminan  
con juventud y esperanza?

VII.

PROYECTOS.

Rápidos iban los días  
unos tras otros pasando,  
felicis pocos, muy pocos,  
muchos por demás amargos:

y ni los amantes ceden  
en su amor contrariado,  
ni en presentar á este amor,  
sus padres, nuevos obstáculos:  
y rendidos de vencerlos,  
mas cada vez encontrando,  
á dar cima á su proyecto,  
se aprestan con entusiasmo.

—Mira, Juana,—le decia  
Anton á su amada,— el rapto  
es el único camino,  
que puede al altar llevarnos.

—Escabroso es el sendero.  
—Para el amor todo es llano.

—Mas ¿no queda otro recurso?

—Otro alguno yo no alcanzo.

—En tal empresa mi nombre puede, Anton, salir manchado. No olvides que de mi honra vas á ser depositario.

—No olvides tú, Juana mia, que son mis intentos sanos, y que ante Dios y los hombres estoy dispuesto á probarlo.

—En tus palabras confio; mas del mundo temo el fallo, y el corazon me atormentan presentimientos amargos.

—Y ¿prefieres, Juana mia, esta vida que llevamos tan triste, tan azarosa, hace ya cerca de un año?

—¡Es verdad! Es harto triste; pero es mas triste el escándalo.

—Al pié del altar termina.

—¿Y si al altar no llegamos?

—¿Dudas, Juana?

—No, no dudo de tu fe; mas, sin embargo, el temor de un contratiempo me está el alma atormentando.

Callados y pensativos  
estuvieron largo rato  
los amantes, en su mente  
nuevos proyectos fraguando.

Al fin, rompiendo el silencio,  
dice Anton con entusiasmo.

—Hay un medio.

—¿Mas, seguro?

—Respondo del resultado.

—¡Oh! ¿cuál?

—Uno muy sencillo.

—Dimelo.

—Escucha: tu cuarto  
da á la calle sin salida,  
y tiene un balcon muy bajo.

—Sí, pero....

—Tus padres duermen  
junto á tí.

—Pero....

—¡Espacio!

Escucha bien mi proyecto  
y no me interrumpas.

—Vamos,  
dí.

—La noche que tú quieras  
cierras el balcon en falso,  
me avisas antes, yo llego  
y sigiloso lo asalto.

Dentro ya, como chiquillos  
desprevenidos ó incautos  
de nuestro amor y esperanza  
en alta voz platicamos.

Tus padres mi voz conocen,  
despiertan con sobresalto,  
llegan, nos encuentran, riñen,  
y yo temeroso escapo.

Como la calle es desierta  
nadie nos ve; sin embargo,  
tus padres naturalmente  
creerán tu honor profanado,

y aunque mucho les ofenda  
mi conducta, al fin y al cabo  
tendrán que adoptar el medio  
de poner tu nombre en salvo;

y este medio, ya comprendes  
que no es mas que uno; casarnos  
antes que el mundo murmure  
y sea irreparable el daño.

Guardó silencio el amante  
al terminar su relato,  
y Juana quedó suspensa  
en el proyecto pensando.

Los sucesos posteriores  
nos dirán si llegó el caso  
de dar el proyecto el fruto  
á que aspiraban entrambos.

---

VIII.

ENTRA EN ESCENA UN NUEVO  
PERSONAJE.

—Estás triste, Juana mia.

—¡Ay! Elena, tú no sabes  
cuánto sufro.

—¿Qué te aflige?

—Un temor inexplicable.

—¿Qué temes?

—Que Anton por otra  
me olvide.

—¿Qué disparate!

¿En qué te fundas?

—Lo ignoro,  
pero temo que se canse.

—Vanos temores: ¿sería  
capaz de accion tan infame,  
que, despues de lo ocurrido,  
otros amores buscase?

—Yo no sé.... pero me extraña  
su conducta: tú bien sabes  
con cuanto ardor combatia  
la oposicion de mis padres:

la venció, logró permiso  
para verme y para hablarme,  
y trató con mi familia  
muy formal de nuestro enlace.

—Mi padre accedió, temiendo  
que un escándalo tan grande,  
como el que dimos, mi nombre  
al fin y al cabo manchase,

y en el colmo de la dicha  
despues de tantos pesares  
yo esperaba ver cumplidos  
muy presto nuestros afanes.

—Y los verás.

—Dios permita,  
Elena, que no te engañes.

—Así viera yo los míos.

—Pues ¿qué pretendes?

—Casarme.

—¿Casarte?

—Sí, ¿qué te extraña?

—¿Y con quién?

—Eso es lo grave.

—¿Por qué?

—Porque soy pequeña

y mi ambicion es muy grande.

—¿Pues qué ambicionas?

—Escucha:

huérfana de padre y madre,  
pobre y nieta de un pastor,  
sin riqueza y sin linaje,

hoy á su lado viviera  
en las sierras y en los valles,  
partiendo con él tranquila  
su ruda vida salvaje,

si conmigo tan piadosos  
no hubieran sido tus padres,  
al recordar que la mia  
te alimentó con su sangre.

Creyeron hacerme un bien,  
y erraron, que, al educarme,  
por mi mal he comprendido  
mi condicion miserable.

Hermana de leche tuya,  
como hermana me trataste,  
comí en tu mesa contigo,  
y me adorné con tus trajes:

descender, ya no es posible,  
más imposible elevarse,  
seguir como ahora.... menos,  
puesto que vas á casarte.

—Y ¿qué intentas?

—Lo que intento

es, antes que tú te cases,  
casarme.

— ¿Pero con quién?

— Con quien el cielo depare.

— Mas, hija, con un cualquiera....

— No temas, no, que yo baje:

si es subir lo que pretendo;

y subiré.... Dios mediante.

—

La inesperada presencia  
de Anton, que se acerca á hablarles  
su diálogo interrumpe,  
y enrojece sus semblantes.

Natural es, que el de Juana  
tiña el rubor; mas, ¿quién sabe  
por qué sus rosadas tintas  
tambien el de Elena invaden?

—

IX.

OTRO PERSONAJE, QUE NO VUELVE  
A APARECER, TIENE ALGUNAS EXPLICACIONES CON ANTON.

—Insistes en vano, Alfonso;  
concluyeron para siempre  
esos amores.

—Anton,  
es una infamia.

—Corriente:  
lo será, pero sus padres  
de todo la culpa tienen:  
y ella tambien, que tenaz  
y sin razon los defiende.

—Son sus padres.

—Yo su amante.  
—¿Y como amante pretendes,  
que ella con sus padres riña?  
¡Ay! Anton, tú no la quieres.

—Escucha, Alfonso, la quise  
y espero quererla siempre;  
pero amor, como al principio,  
mi corazón ya no siente.

¿Qué debo hacer en tal caso?  
sin amor ya tú comprendes  
que el matrimonio sería  
de penas fecundo germen.

Por eso rompí: por eso  
no es extraño que me aleje  
de aquel amor, hoy que el alma  
en otro fuego se enciende.

—¿Pero te casas?

—Muy pronto.

—¿Con Elena?

—Si Dios quiere.

—Y Juana entre tanto....

—A Juana

le sobrarán pretendientes.

—¿Por qué?

—Porque Juana es rica,  
mucho más de lo que crees,  
y marido á cualquier hora  
con un buen dote se obtiene.

La pobre Elena, al contrario,  
nada en el mundo posee,  
ni aun familia, pues tan solo  
conoce de sus parientes

á un abuelo que en la sierra  
su pobre vida sostiene  
con el escaso salario,  
que gana guardando reses.

—Ya lo conozco: ha servido  
con tu padre.

—Justamente.

—Y tú te casas ahora....

—Con su hija: ¿te sorprende?

—Me sorprende el que prescindas  
de compromisos solemnes,  
y, esclavo de tus pasiones,  
ni aun tu palabra respetes.

—Mira Alfonso, con franqueza  
te digo, que ya me ofendes,  
y estás pesado: es inútil  
cuanto me digas é intentes.

Mi decision es tan firme,  
que aunque el mundo la repruebe,  
antes de que el mes concluya  
se habrá fijado mi suerte.

—Adios, Anton, quiera el cielo  
que con pena no recuerdes  
mis consejos algun dia.

—Espero que nunca llegue.

Y estrechándose las manos  
entrambos amigos fieles,  
sin cuidado Anton quedóse  
y el otro con pena fuese.

Á la vuelta de la esquina,  
donde los dos en sus trece  
sostuvieron decididos  
tan contrarios pareceres,

está la casa que habitan  
Elena y Juana, y dos veces  
en sus rejas ha sonado  
una tos fingida y leve.

Anton de la noche oscura  
las sombras espesas hiende,  
y se acerca á la ventana  
donde halla á Elena impaciente.

PRIMERA MAÑANA DE NOVIOS.

—¿Duermes, Anton?

—No: soñaba

que en vísperas de la dicha  
me hallaba aun, bella Elena.

¿Y aun sospechas que son vísperas?

—No, en verdad.

—Hace diez horas  
aun dudábamos.

—Pues mira,  
ya disipadas las dudas,  
la realidad cómo brilla.

—¡Hermosa por cierto!

—Hermosa,  
cual tú que la simbolizas,  
y con tu amor y esperanzas  
la embelleces y das vida.—

.....

Poco despues los esposos,  
treguas dando á sus caricias,  
con el murmullo de un beso  
la escena de amor terminan:

y el casto lecho dejando,  
en verdad no muy deprisa,  
á dar gracias á los cielos  
á la Iglesia se encaminan:

y cuando mas engolfados  
en miradas y sonrisas  
por la calle á paso lento  
dados del brazo subian,

una mujer enlutada,  
que á punto dobla una esquina,  
á su vista se presenta  
y colérica los mira.

Como el reo en la presencia  
del juez, que severo dicta  
su sentencia, temeroso  
se aturde, tiembla y vacila;

así la feliz pareja  
quedó muda y aturdida  
ante el fuego, que en los ojos  
de aquella enlutada brilla.

—Haceis bien en humillaros,—  
les dice la dama altiva,  
—corazones sin nobleza,  
asesinos de mi hija.

Gozad, gozad en buen hora  
el fruto de una perfidia,  
que las perfidias el cielo  
tarde ó temprano castiga.

Gozad, gozad mientras ella  
acongojada suspira  
en el triste monasterio  
que hace tres horas habita.

Gozad, gozad, que muy cerca  
está de seguro el día,  
en que ella sea venturosa,  
y Dios vuestra union maldiga.

Hoy se juzga deshonrada,  
piensa que el mundo la tilda,  
y, por ocultar su afrenta,  
con valor se sacrifica:

mas sabe el cielo y el mundo,  
que es honrada y pura y digna;  
y el mundo y el cielo á todos  
harán al cabo justicia. —

Tornó la dama la espalda,  
enjugándose affligida  
las lágrimas que descienden  
por sus pálidas mejillas;

y á su hogar Anton y Elena  
vuelven tristes con la herida  
del cruel remordimiento,  
que sus almas martiriza.

Hace dos horas, dichosos  
en su amor se embebecian:  
se halagaban con miradas  
y se hablaban con sonrisas;  
ahora ya son melancólicas  
las miradas que se envían,  
y por no ver su tristeza,  
los dos la mirada esquivan.

¡Cuán pronto la dicha pasa!  
¡Qué fugaz es la alegría,  
si el corazón no está sano  
y la conciencia tranquila!

---

XI.

LA VIDA Y LA MUERTE.

Entornadas las ventanas  
de un elegante aposento,  
y corridas las cortinas  
de blando y mullido lecho  
apenas dejan que alumbre  
un pálido sol de invierno,  
que en los cristales resbala,  
de aquella estancia el misterio.

Sobre la almohada flota  
blondo y sedoso el cabello  
de una mujer bella y pálida,  
como la imagen del sueño.

Desnuda está su garganta,  
casi desnudo su pecho,  
y dormida entre sus brazos  
estrecha un ángel del cielo;

niño hermoso, que hace un hora  
fruto de su amor inmenso,  
al mundo vino, cual todos,  
tristes lágrimas vertiendo.

Un hombre de pié, cruzados  
los brazos, el grupo tierno,  
que de placer le extasia,  
contemplando está en silencio.

Débil suspiro la hermosa  
exhala con labio trémulo:  
trémulo en su labio el hombre  
deposita un casto beso.

—Anton.

—Elena.

—¿He dormido  
mucho rato?

—Poco tiempo:  
diez minutos. ¿Estás mala?

—¡Ay! yo no sé lo que tengo.

Me siento mal.... me parece....

—No temas nada.

—No temo,  
estando á tu lado, Anton;  
pero he tenido un mal sueño.

—¿Quién de sueños hace caso?

—¡Era tan triste! ¡tan lleno  
de extravagantes fantasmas  
y de confusos recuerdos!

— ¡Bah! ¿qué soñabas?

— Escucha :

estaba yo en un desierto,  
cuyo horizonte cerraban  
anchas lagunas de hielo :

sola, sin tí, sin abrigo,  
sin mas compañía que el miedo,  
creí verme de la muerte  
entre los brazos horrendos.

Á Dios elevé mi alma,  
y los ojos á los cielos,  
y entonces ví con asombro  
allá á lo lejos, muy lejos,  
perdido en el horizonte,

elevarse un monasterio  
de tosca piedra amarilla,  
de negras verjas de hierro.

Por un fenómeno extraño  
trasparente el muro denso  
se tornaba, y yo veía  
lo que pasaba allí dentro.

Mira, Anton, en una estancia  
de melancólico aspecto,  
húmeda y lóbrega y triste,  
cual la mansion de los muertos,

de rodillas una jóven  
conturbada y sin sosiego  
tierna plegaria elevaba,

pidiendo al Señor consuelo.

Yo no sé lo que sentí,  
al escuchar sus acentos;  
quise contemplar su rostro,  
velado por sus cabellos;

mas ¡ay! en aquel instante  
desprendiéndose del techo  
como una gasa de niebla  
un ancho y tupido velo,  
envolvió sus nobles formas,  
ocultó su talle esbelto,  
y, de él ceñida, alejóse,  
con honda pena gimiendo.

Despues.... pero....

—Sigue, Elena.

—¿No escuchas el clamoreo  
de esas campanas, que vibran  
encima de este aposento?

—Sí.

—¿Percibes sus sonidos  
tan monótonos y lentos  
como yo?

—Sí.

—¿Mas comprendes  
lo que revelan sus ecos?

—Nada : nada : por qué tiemblas?

—Porque están tocando á muerto  
por tu Elena.

—Elena mia,  
no aumentes mi amargo duelo.

El eco de esas campanas  
me está desgarrando el pecho  
con la terrible ponzoña  
de agudos remordimientos:

esas campanas anuncian  
que una monja toma el velo,  
y esa monja, Elena mia....

—Es la mujer de mis sueños,  
mi pobre hermana....

—Por Dios,  
Elena, que mis tormentos,  
no aumente tu llanto.

—Anton,  
cuida mucho de este huérfano.

—Pero, Elena, Elena mia,  
¡Qué delirio tan horrendo!  
¿Huérfano y los dos vivimos?  
— Cuida de él, que yo me muero.—

Y al niño hermoso en sus brazos  
convulsa Elena cogiendo,  
antes de entregarlo al padre,  
cubrió su rostro de besos.

Después al esposo amado  
echó los brazos al cuello,  
y sin fuerzas, y rendida  
de aquel esfuerzo supremo,

de él desprendiéndose inerte,  
como flor que troncha el cierzo,  
sobre el lecho desplomada  
exhaló el postrer aliento.

Presa Anton de horrible espanto,  
solo ve en su duelo inmenso  
de aquella esposa querida  
el triste cadáver yerto,

y solo escucha en los aires  
vibrante, lúgubre, hueco,  
de unas campanas que doblan  
el confuso clamoreo.

---

XII.

PRIMER ANIVERSARIO.

De una noche tenebrosa  
iluminan las tinieblas  
los relámpagos azules,  
que en la atmósfera flamean.

Un caballo moribundo  
cruzado está en una senda  
á los piés del caballero,  
que con dolor le contempla ;  
mas tornándole la espalda,  
osado toma una cuesta,  
al fin de la cual divisa  
la roja luz de una hoguera.

Dos infelices pastores,  
sentados en torno de ella,  
de la lluvia se resguardan  
en el hueco de una peña.

— ¡Ola! Anton:—el mas anciano dice al hombre que se acerca.

—El cielo te guarde, Pedro:— Anton al viejo contesta.

—¿Qué aventuras, hijo mio, te arrastran por estas sierras, que hasta á los lobos asustan, en una noche tan negra?

—Pedro, soy muy desgraciado.

—¿Desgraciado ó calavera?

—Para hacer calaveradas es menester buena estrella.

—¿Es mala la tuya, acaso?

¿Has olvidado tú á Elena?

—Elena ya se murió.

¿Quién de los muertos se acuerda?

—Yo no olvido....

— Yo tampoco:

lo que dije, fué una prueba que quise hacer, hijo mio, de tu cariño hácia ella.

Tú, que ha tiempo me conoces no podrás tomar á ofensa mis palabras, pues ya sabes que os quiero á todos de veras.

Ya se ve.... veintidos años que comí de vuestra mesa, y que viví en vuestra casa,

no se olvidan como quiera.

Pero escucha; siempre vi tu inclinacion á mi nieta con temores: no creia que llegarais á la Iglesia.

—¿Por qué?

—Porque tú eras rico, y ella pobre; y aunque buena, ni tanto como su amo, ni para tí tan pareja.

À mas, hijo, francamente, hicisteis la accion mas negra Elena y tú con la otra....

—Bien caro, Pedro nos cuesta.

—Pues cuando Dios nos castiga, se sufre, calla y espera.

—Y se hace lo posible por reparar las ofensas.

—¿Y puedes tú repararlas?

—Pensé que quizás pudiera.

—No se como, vamos, dime, qué es en fin lo que tú piensas?

—Ya ves que no estamos solos, que aunque duerme, si despierta tu compañero....

—Lo mismo da que despierte ó que duerma.

—¿Lo mismo?

—Sí, porque el pobre  
es sordo, de tal manera,  
que no oye el infeliz  
ni la voz de la tormenta.

—Pues bien, Pedro....

—¿Qué?

—Mañana  
en un convento profesa  
Juana....

—Que Dios la bendiga,  
y la haga una santa.

—Espera :  
espera, Pedro.

—¿Tampoco  
te cuadra que santa sea,  
siendo mártir por tu culpa?

—Pedro, por Cristo....

—Dispensa,  
dispensa y no me hagas caso.

—Digo, que, si Juana entra  
en el convento, no es  
por vocacion verdadera,

es por huir de mi vista,  
porque el mundo no la vea,  
porque se cree deshonrada,  
por ocultar su vergüenza.

Ahora bien; si tan infame  
fui olvidándola ¿qué fuera,

si profesar la dejara, desoyendo mi conciencia?

Y mi conciencia me grita que á todo trance la vea, que su perdon solicite, y que su mano pretenda.

Muchas veces ha surgido desde hace un año esta idea en mi alma, pero nunca tan eficaz, con tal fuerza,

como ayer, al recibir en mi retiro una esquela, en que me dice que olvida todo el mal que yo la hiciera,

y que presto consagrada al Señor, podrá contenta unir en sus oraciones mi nombre con el de Elena.

—No digo que es una santa! —¡Oh! si, pero no es sincera, porque sufre.... aunque lo oculta para que yo no lo sienta.

Pero comprendo su alma, sé la pasion que hubo en ella, y es poco tiempo dos años, para extinguir tal hoguera:

y como cumple mañana á las diez ¡horrible fecha!

el año de noviciado,  
y el de la muerte de Elena,  
si antes de las diez no logro  
que me escuche y se convenza,  
un cruel remordimiento  
amargará mi existencia.

Por eso el triste retiro  
donde vivo con mis penas  
y el hijo de mis amores,  
cuyas gracias me consuelan,  
ayer, al morir el sol,  
dejé por la vez primera,  
creyendo poder llegar  
á la ciudad con estrellas.

Mas los cielos se encapotan  
apenas toco la sierra,  
y una horrible tempestad,  
en el ancho espacio truena:

el fulgor de los relámpagos  
me deslumbra: una centella  
cruza ante mi vista y ruedo  
desvanecido por tierra.

Recobro el sentido, y hallo  
tendido sobre la arena  
mi pobre caballo, herido,  
falto de vida y de fuerzas.

Ví esta luz.... y aquí me tienes  
sin recursos.... y seis leguas

me faltan aun, y el alba  
á largos pasos se acerca.

Y antes de las diez.... ¡Dios mio!  
¡Oh! Pedro, ¿qué me aconsejas?  
Yo necesito llegar,  
y despues.... ¡aunque me muera!

—Tienes razon, hijo mio,  
debes poner cuanto puedas  
de tu parte.

—Pero ¿cómo?

—Yo te ayudaré en la empresa.

—¿Cómo puedes ayudarme?

—Mostrándote una vereda,  
que á la ciudad te conduzca  
en tres horas.

—Dios lo quiera.

—Si se lo pides con fe,  
y á su voluntad te entregas,  
Dios querrá.

—Pues no retardes  
el enseñarme esa senda.

—No te precipites, hijo,  
que no por andar depriesa  
se llega siempre mas pronto:  
esperemos que amanezca.

—Muy poco le falta al dia.

—Es verdad que ya clarea.

—Pues vamos.

—Vamos andando,  
sucedá lo que suceda.

Y Pedro y Anton subieron  
silenciosos á la cresta  
de una empinada montaña,  
que aquel horizonte cierra;  
y mostrándole el camino  
desde la alta eminencia,  
á Anton el pastor decia  
entre lágrimas sinceras:

—Si tus intentos son justos  
y sanos, Dios te proteja.—  
y al volverse, y por lo bajo,  
—¡Bah! será lo que Dios quiera.

XIII.

ANTON VISITA EL NIDO DE SUS AMORES.

Á través de nubes pardas,  
que emborronan á pedazos  
el limpio azul de los cielos,  
íbase el sol remontando,  
cuando entró por la ciudad,  
rendido ya de cansancio  
Anton con el alma triste  
y el corazon apenado.

Cercana está del convento  
la casa donde hace un año  
murió su esposa: de entonces  
los umbrales no ha pisado:  
hoy, al verla, de repente  
trémulo detiene el paso,  
y unos momentos vacila,  
ante la puerta temblando.

—Faltan dos horas,—exclama :  
—aun puedo verter mi llanto  
sobre el lecho de mi Elena  
en su triste aniversario.—

Y entró de dolor transido,  
y examinó palmo á palmo  
del nido de sus amores  
los rincones solitarios.

Sordo silencio invadía  
aquellos tristes espacios,  
que tanta ventura ayer,  
cual hoy dolor, le brindaron.

Al aposento de Elena  
llega con trémulo paso,  
y entre sombras y silencio  
mira á través de su llanto,  
como una tumba vacía  
alzada en estéril campo,  
alzarse desierto y triste  
de su Elena el lecho helado.

Aun de su cuerpo marcada  
la huella conserva intacto ;  
aun las ropas en desórden  
penden por ambos costados :  
que ni una planta atrevida  
el fúnebre santuario  
desde la muerte de Elena  
hasta entonces ha pisado.

Anton con honda amargura  
el lecho contempla extático,  
y á su lado se arrodilla,  
sobre él la frente inclinando.

Lo que su espíritu siente  
en aquel momento aciago,  
las angustias que su pecho  
van sin piedad desgarrando,  
los pensamientos sombríos  
que le acosan sin descanso,  
su agonía, sus dolores,  
no hay quien pueda descifrarlos.

La mústia frente inclinada  
sobre el lecho solitario,  
abstraído en sus memorias  
permanece largo rato.

El tiempo vuela; las horas  
van silenciosas pasando,  
y sigue Anton sumergido  
en su profundo marasmo.

---



## SUPLICIO DE ANTON.

Las horas pasan, y sigue  
llorando Anton sobre el lecho,  
donde aquella esposa amada  
exhaló el postrer aliento.

Con su dolor insensible,  
y abstraído en sus recuerdos,  
ni aun conciencia de su vida  
conserva en aquel momento.

Mas de pronto, y á través  
de las sombras y el silencio,  
en que hace mas de una hora  
el infeliz se halla envuelto,

en sus oidos penetra  
triste, monótono y lento  
de unas campanas que doblan  
el confuso clamoreo.

Álzase rápido: escucha,  
y aquellos fúnebres ecos  
un poema le revelan  
de amargura y de tormentos,  
y en tropel á su memoria  
como un huracan de fuego,  
asaltan con rudo empuje  
de su vida los recuerdos:

que son las que tañen tristes  
las campanas del convento,  
donde Juana á aquellas horas  
da al mundo el adios postrero.

Exhala ronco gemido  
acongojado su pecho:  
—De estorbar la ceremonia,  
aun es hora: — grita enérgico.

Mas no responden acordes  
á su voluntad sus miembros,  
que una parálisis ruda  
despojó del movimiento.

En demanda de socorro  
quiere gritar: ¡vano esfuerzo!  
tambien su lengua rebelde  
contraresta sus deseos.

Y mudo, inmóvil, de espanto  
y horribles angustias lleno,  
de pié un instante aparece  
en medio del aposento,

como un terrible fantasma  
de triste y medroso ensueño,  
como un cadáver erguido  
en mitad de un cementerio.

Vacila al fin: desplomado,  
á los piés del mismo lecho,  
donde antes se apoyára,  
llega rodando su cuerpo.

Mas ni siquiera un instante  
que perdiese quiso el cielo  
la conciencia de sí propio  
para mayor sufrimiento.

Aquí á su lado de Elena  
contempla los trajes bellos,  
que un empolvado sudario  
reemplaza en estos momentos.

Melancólicos tañidos  
allá suenan á lo lejos,  
que el sacrificio de Juana  
le recuerdan lastimeros.

Ni ver, ni oír, ni pensar  
anhela con rudo empeño,  
y ansioso á la muerte llama,  
que á la vida tiene miedo;  
mas la muerte, sin mirarlo,  
junto de él pasa en silencio,  
y sobre el lecho de Elena,  
á su vista toma asiento.

Y las campanas tenaces,  
lentas prosiguen tañendo,  
de Juana en sus tristes sonos  
remedando los acentos.

Las horas se van pasando,  
la noche se va viniendo,  
mas para Anton nada pasa,  
pues que dura su tormento.

Y llega la noche triste,  
su lenta marcha siguiendo,  
y pasa tambien, y vuelve  
el sol á brillar de nuevo.

Y sigue Anton entre tanto  
en aquel martirio horrendo,  
que su conciencia le pinta,  
á mas de lo justo, eterno.

## UN AMIGO LEAL.

Algunas horas mas tarde  
que Anton bajó de la sierra,  
presintiendo una desgracia,  
el viejo abuelo de Elena.

Á la casa do vivia  
en otros tiempos su nieta,  
al convento donde Juana,  
se refugió con sus penas,  
el pobre viejo afanoso  
una vez y ciento llega;  
y calles y plazas cruza,  
de Anton buscando las huellas;  
y halla la casa cerrada,  
y solitaria la Iglesia;  
y ya la esperanza pierde,  
y ya se agotan sus fuerzas.

Y lo que el triste consigue,  
para aumento de su pena,  
es saber que en el convento  
hay otra monja profesa :

que esta monja fué en el mundo  
tan infeliz como bella ;  
que amó á un hombre, y que en el dia  
solo en Dios su amor concentra ;

porque, tocada su alma  
de vocacion verdadera,  
tanta dicha halla en el claustro,  
como halló en el mundo penas.

Mas nadie del pobre Anton  
ni una palabra le cuenta :  
y ya la tarde se pasa,  
y ya la noche se acerca.

Y la esperanza perdida,  
y no hallando quien resuelva  
sus dudas, exclama al cabo  
con estóica indiferencia.

—Mañana será otro dia :  
por hoy basta de tarea :  
hice lo que pude : el cielo  
hará despues lo que quiera.

---

Volvió el sol con nueva luz  
de gozo á inundar la tierra,  
y con nuevas esperanzas  
volvió el pastor á su empresa.

Por una casa cercana  
logra al fin en la de Elena  
penetrar, y con asombro  
á Anton moribundo encuentra.

Del duro suelo en que yace  
levántalo con presteza,  
y en el lecho de su esposa  
cariñoso lo recuesta.

Un momento el pobre Anton  
que llega su fin sospecha,  
y, agradecido, á los cielos  
devota plegaria eleva;

mas, al lanzar á traves  
de una ventana entreabierta  
su mirada entristecida,  
nuevas visiones le aterran:

que sobre la torre parda  
de un convento, que se eleva  
no muy lejos, ve flotar  
blancas y azules banderas;

y aquel lujo inusitado  
de relieve á su conciencia,



el sacrificio de Juana  
nuevamente le presenta.

Horrible fuego un instante  
en sus ojos reverbera ;  
vaga luego su mirada  
sin claridad ni fijeza ;

y al fin, delirante lanza  
ronca carcajada hueca.

¡Era el toque de agonía  
de su pobre inteligencia !

## CONCLUSION.

---

Años tras años pasaron,  
imbécil y enfermo Anton,  
feliz y tranquila Juana  
en la casa del Señor.

Nada la vieja prudente,  
que este cuento me contó,  
me ha referido del fin  
que consiguieron los dos.

Del huérfano desgraciado  
y del anciano pastor  
asegura, que aquel vive,  
y que el otro se murió.

Y como no sé mentir,  
y soy mero narrador,  
tal y cual me lo contaron,  
el cuento te cuento yo.

---



# ÍNDICE.

---

## BLANCA.

---

	PÁG.
I. <i>La flor de la Esperanza.</i> . . . . .	1
II. <i>Mentiras á duo.</i> . . . . .	3
III. <i>Pureza.</i> . . . . .	7
IV. <i>Melancolia.</i> . . . . .	11
V. <i>Misterio.</i> . . . . .	15
VI. <i>La reja.</i> . . . . .	17
VII. <i>Un sueño.</i> . . . . .	21
VIII. <i>Rafael.</i> . . . . .	27
IX. <i>Despedida.</i> . . . . .	33
X. <i>Ya es tarde.</i> . . . . .	34
XI. <i>Madre é hija.</i> . . . . .	39
XII. <i>El plazo.</i> . . . . .	49
XIII. <i>El tránsito.</i> . . . . .	57
XIV. <i>La última lágrima.</i> . . . . .	61
<i>Conclusion.</i> . . . . .	65

## LA CRUZ DEL LAGO.

---

I. . . . .	71
II. . . . .	73
III. . . . .	75
IV. . . . .	79
V. . . . .	83
VI. . . . .	87
VII. . . . .	89
<i>Conclusion.</i> . . . . .	93

## LAS DOS LUCES.

---

I. <i>El crepúsculo de la mañana.</i> . . . . .	97
II. <i>Primer rayo de sol.</i> . . . . .	101

	PÁG.
III. <i>El torrente y el arroyo.</i> . . . . .	103
IV. <i>El palacio y la cabaña.</i> . . . . .	105
V. <i>Adan aborda la cabaña.</i> . . . . .	109
VI. <i>Adan en el palacio.</i> . . . . .	113
VII. <i>El despertar.</i> . . . . .	117
VIII. <i>La última luz.</i> . . . . .	121
<i>Conclusion.</i> . . . . .	125

## LA PERLA

### DE LAS PLAYAS DE ALGECIRAS.

---

I. . . . .	131
II. . . . .	133
III. . . . .	135
IV. . . . .	138

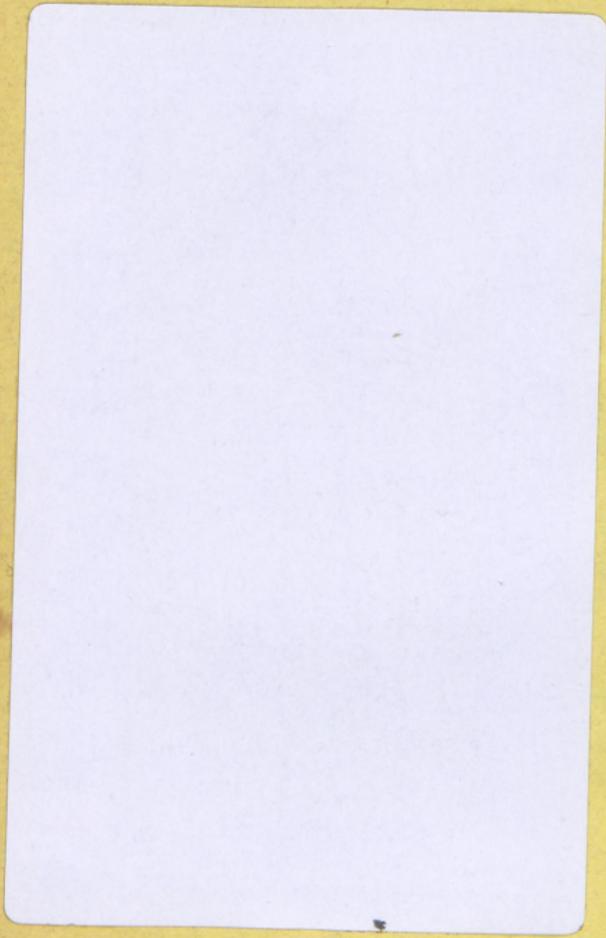
## ANTON Y JUANA.

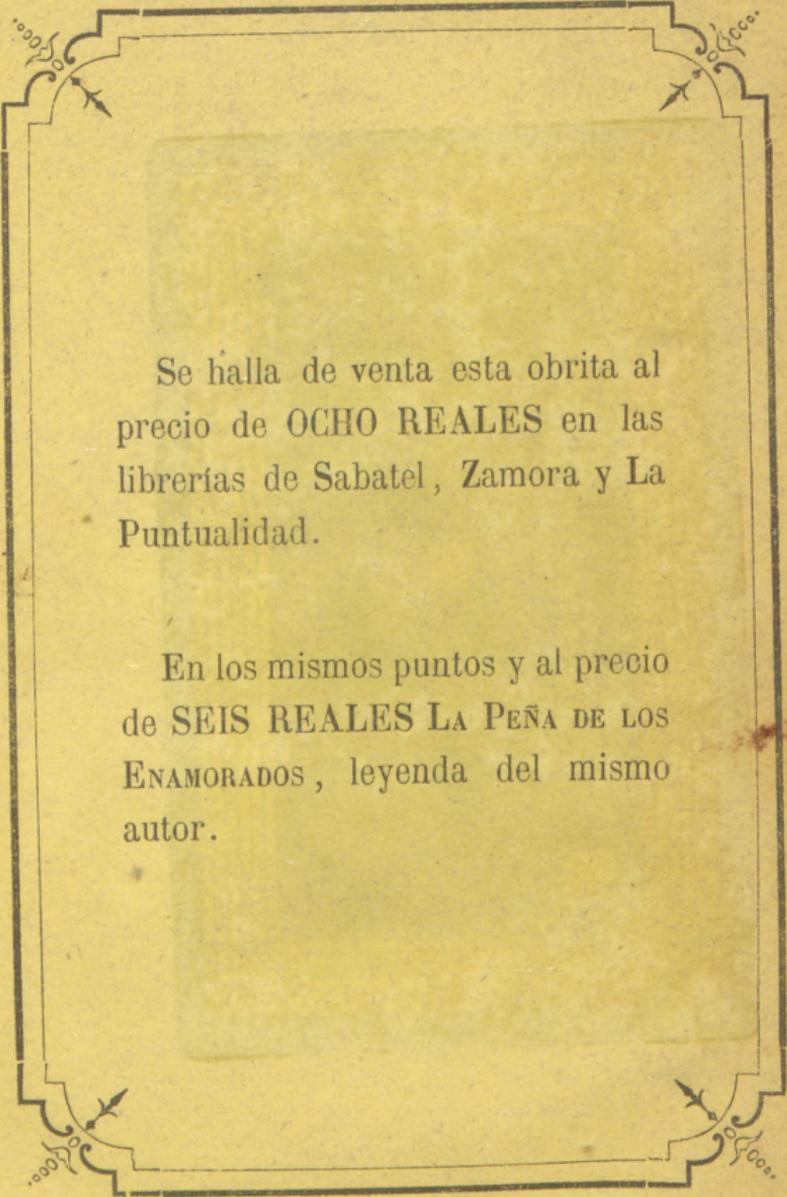
---

<i>Intróito.</i> . . . . .	141
I. <i>Él.</i> . . . . .	142
II. <i>Ella.</i> . . . . .	143
III. <i>Él y ella.</i> . . . . .	144
IV. <i>Las tentaciones de Anton.</i> . . . . .	147
V. <i>Segundo tropiezo y primeras explicaciones.</i> . . . . .	151
VI. <i>Narracion.</i> . . . . .	155
VII. <i>Proyectos.</i> . . . . .	157
VIII. <i>Entra en escena un nuevo personaje.</i> . . . . .	161
IX. <i>Otro personaje, que no vuelve á aparecer, tiene algunas explicaciones con Anton.</i> . . . . .	165
X. <i>Primera mañana de novios.</i> . . . . .	169
XI. <i>La vida y la muerte.</i> . . . . .	173
XII. <i>Primer aniversario.</i> . . . . .	178
XIII. <i>Anton visita el nido de sus amores.</i> . . . . .	187
XIV. <i>Suplicio de Anton.</i> . . . . .	191
XV. <i>Un amigo leal.</i> . . . . .	195
<i>Conclusion</i> . . . . .	198









Se halla de venta esta obrita al  
precio de OCHO REALES en las  
librerías de Sabatel, Zamora y La  
Puntualidad.

En los mismos puntos y al precio  
de SEIS REALES LA PEÑA DE LOS  
ENAMORADOS, leyenda del mismo  
autor.